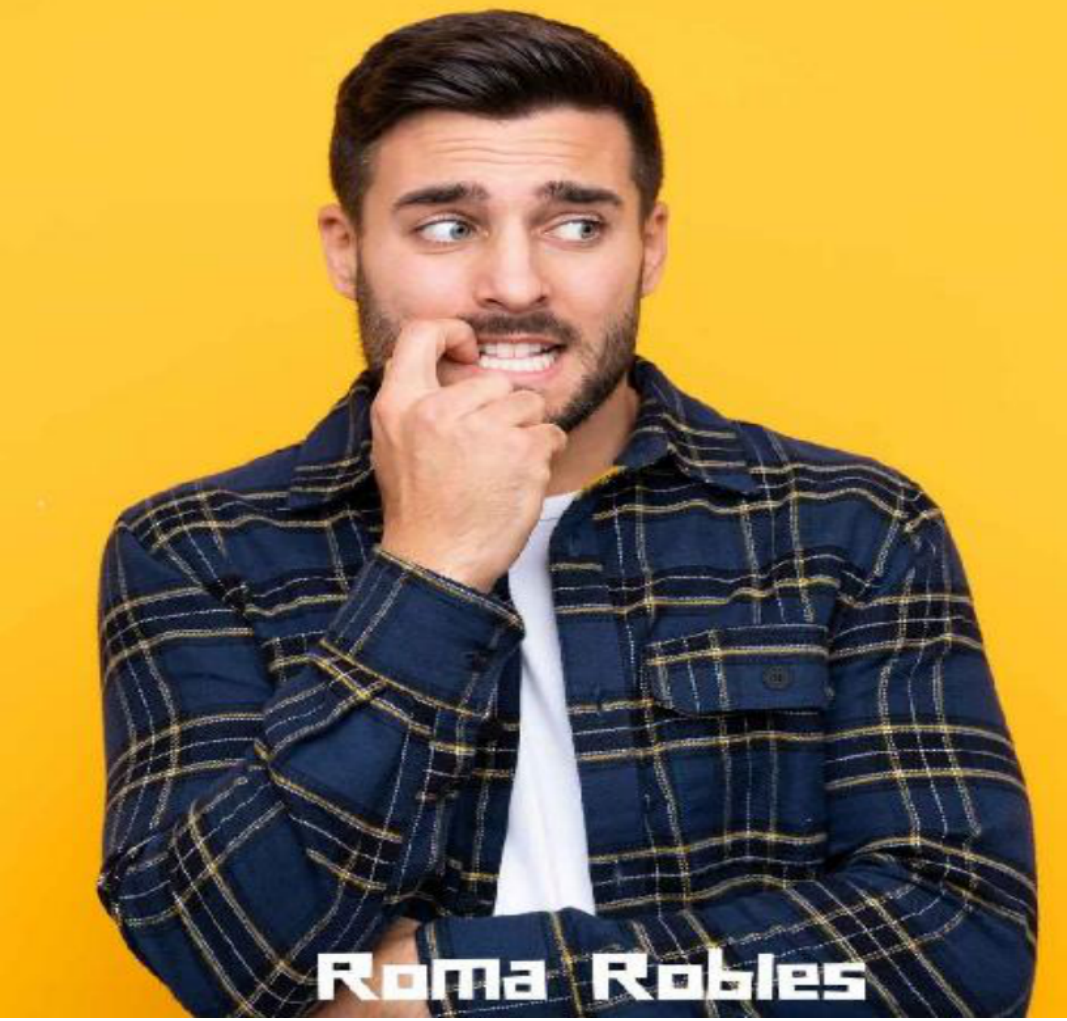
# Manual para conquistar a un hombre (o no)



Roma Robles

# Manual para conquistr a un hombre (o no)

## Una comedia romántica gay

Roma Robles

Derechos de autor © 2020 Roma Robles

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

# Contenido

Página del título
Derechos de autor
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
EPÍLOGO

# CAPÍTULO 1

## *La primera impresión es importante*

—¡Este ya está terminado! —grito por encima del ruido del motor. La mano de Luis con el pulgar hacía arriba se asoma por el capó del la furgoneta que tengo al lado.

—¿Has llamado al tío de los faros? —pregunto.

—Sí. Me dijo que salía a las cinco de trabajar y venía a por él.

Miro el reloj. Son las cinco menos cuarto. El dueño del coche gris que tenemos en la entrada debe estar a punto de llegar. Limpio con cuidado algunas manchas de la capota y abrillanto los faros nuevos hasta que queda impecables.

Me limpio como puedo las manos en un trapo. Imposible. Siguen tan negras como las de un minero. Me encojo de hombros, “gajes del oficio”. Entonces le veo y la mandíbula casi se me cae al suelo.

Es guapísimo. Grande (qué digo grande, enorme). Por lo menos, dos metros por dos metros. Pelo castaño, corto, barba de varios días. Brazos velludos pero con pelo clarito, casi rubio. Fuertes. Un brazo suyo es como mis dos muslos. Lleva una camiseta de un rojo apagado y unos vaqueros blancos. Mucho culo no tiene, pero perfecto tampoco se puede ser en esta vida. Este es casi perfecto. Me aclaro la garganta y, haciendo un segundo intento de limpiarme las manos en el trapo, me acerco a él.

—Hola —saludo intentando que mi sonrisa resulte seductora y no intimidada.

—Hola —sonríe él y tiene la sonrisa más dulce que haya visto nunca. Es de esas personas que sonríen con los ojos a la vez que con la boca. A mi me tiemblan las piernas. Por el taller no suelen pasar tíos así. Ni de lejos.

—Venía a recoger mi coche —dice él señalando al coche gris de los faros nuevos —Me dijeron que estaba listo.

—Está, está listo —balbuceo yo. Mierda Fabián. Concéntrate. Profesionalidad. Aunque sea el tío más guapo que has visto en todo el mes, tú profesional.

—Genial. ¿Te pago a ti? —dice él sacando la tarjeta de crédito.

Yo me le quedo mirando como un gilipollas con una sonrisa de subnormal en la boca. No tengo ni idea de lo que está diciendo. Tan solo puedo mirarlo de arriba a abajo una y otra vez.

—¿Estás bien? ¿Te puedo dar la tarjeta o…?

—Sí, sí. Me puedes dar lo que quieras —respondo. ¿Pero qué cojones estoy diciendo? ¡Fabián, reacciona!

—Por supuesto que se puede pagar con tarjeta. Pasa a la oficina y te doy la factura. —interviene mi jefe. Nunca me he alegrado tanto de que me interrumpa. Estoy haciendo un ridículo de campeonato. Luis hace señas al buenorro para que le siga hasta el diminuto despacho que hay al fondo del taller mientras me mira cabreado. El buenorro también me mira, pero no cabreado, más bien preocupado. Debe estar pensando que los gases de los motores me han afectado al cerebro y me falta un hervor. Genial Fabián. Tú siempre dando lo mejor de ti mismo.

En los minutos que el buenorro está con Luis en la oficina, yo planifico el ataque en mi cabeza. La segunda conversación tiene que ser mejor que la primera. Bueno, peor es difícil que sea, porque me he bloqueado del todo. A ver qué tal esto: “Aquí tienes las llaves. Me llamo Fabián por cierto. Te dejo también mi número de teléfono por si quieres que quedemos un día para tomar un café o follar como bestias salvajes…” No. Ni de coña. A ver: “Toma tus llaves. Tienes que tener cuidado con el filtro de partículas. Si quieres un día quedamos, traes tu coche y te...” No. Parezco un vendedor de seguros. “¿Todo bien? Aquí tienes las llaves. Por cierto, ¿me das tú teléfono? Por si…” Ay no, Fabián. Nunca te vas a atrever a pedirle su teléfono así. Lo mejor es...

El chico sale de la oficina con el recibo en la mano. Intentando serenarme respiro hondo y cojo las llaves de su coche para devolvérselas mientras pienso en lo que le voy a decir. Pero estoy tan nervioso que tropiezo y las llaves se me caen debajo de su coche. Mi jefe me mira incrédulo mientras el buenorro y yo nos agachamos a recogerlas.

—Déjalo, no te preocupes —digo yo mirando sus perfectos pantalones blancos. Pero a Míster Buenorro no parece importarle mucho la ropa porque mete medio cuerpo debajo del coche y saca las llaves. Me las enseña con una sonrisa triunfante, pero yo solo puedo ver la enorme mancha de aceite que tiene en la rodilla derecha. Él sigue mis ojos y la ve también.

—¡Mierda! —exclama cabreado.

—Lo… lo siento mucho. De verdad —intento excusarme. Este es un momento perfecto para decirle algo como "para compensártelo te invito a tomar un café mañana". Pero evidentemente, no le digo nada. Porque soy retrasado y ahora mismo estoy muerto de la vergüenza.

Así que el tío buenorro simplemente se mete en su coche, arranca, me saluda con la mano y desaparece del taller y de mi vida para siempre.

¡Si es que soy imbécil!

# CAPÍTULO 2

## *La información es poder*

—“Me puedes dar lo que quieras”. Voy y le digo ““me puedes dar lo que quieras”. Y luego le hago meterse debajo de un coche para buscar sus llaves. ¡En mi vida había hecho tanto el ridículo!

Julián y Eric me miran de reojo aguantándose la risa mientras juegan a la videoconsola.

—Era perfecto, os lo juro.

—Bueno, no te preocupes tanto. Ya encontrarás a otro —me dice Eric.

—Como este no —me lamento hundido en el sofá.

—Claro que sí. Eres un tío guapo —me intenta animar Julián —, seguro que sales un día de fiesta y los hombres caen a tus pies como moscas.

—Sí, claro —bufo —. Los únicos tíos que se me acercan son los raros. Como el friki ese que quería que me lo follase disfrazado de cerdo.

—Te recuerdo que te lo follaste disfrazado de cerdo —apostilla Eric.

—¡Porque estaba desesperado! Y fue horrible. No sé dónde están los tíos normales. Desde luego ni en las discotecas ni en estas aplicaciones de ligues. Tiro el móvil encima de la mesa.

—No desesperes —me dice Susana, la mujer de Julián, mientras me lanza una lata de cerveza.

—¿Cómo quieres que no desespere Sus? Hace casi un año que no… Ya me entiendes.

—Recuerda al del disfraz de cerdo —apunta Eric.

—¿Quieres dejar al cerdo? Eso nunca paso. Si lo sé, no te cuento nada.

—Eso sí que no. Vuestras aventuras amorosas es lo único que mantiene viva la curiosidad de un aburrido matrimonio como el nuestro. No podríamos vivir sin conocer todos los detalles. —afirma Susana —Además, a Eric le encanta recordarte lo del tío raro ese porque así nadie menciona a la tía que lo dejó esposado a la cama el mes pasado.

—¡Es verdad! Tuve que ir yo a rescatarte. ¿Por qué no hablamos de eso? —digo.

—¿Por que no jugamos a la consola que es a lo que hemos venido? —se defiende Eric mientras todos reímos.

—Toma —dice Susana lanzándome un libro por encima de las cabezas pegadas a la tele de los otros—Yo lo leí cuando estaba soltera. Igual te ayuda.

Miro la portada del libro: "Manual para conquistar a un hombre: Los mandamiento infalibles para hacerle caer en tus redes". Lo abro por el índice.

—Primer mandamiento: La primera impresión es importante —leo en voz alta—Bueno, creo que podemos dar ya esto por perdido.

—Sigue leyendo —me anima ella.

—Segundo mandamiento: La información es poder. Genial, pues no tengo ninguna.

—¿No sabes cómo se llama?

—No —respondo apesadumbrado.

—Pero Luis sí —dice Julián mientras aprieta como un loco todos los botones del mando de la consola.

—¿Cómo? —pregunto confuso.

—Luis le ha hecho una factura. Y le ha llamado para que viniera a recoger el coche. Por lo tanto tiene que tener, por lo menos, su nombre y su número de teléfono.

—¡Cariño, eres un genio! Por cosas como estas me casé contigo —le felicita su mujer.

—¡Claro! ¡Eso es! —digo yo levantándome de un salto —

Julián, necesito tu ordenador —digo.

Julián no me hace ni caso y es Susana la que me señala el portátil que está en la mesa de detrás. Me siento y lo enciendo con dedos temblorosos. Ahí está la clave.

—¿Vas a escribir a tu jefe? —pregunta Susana sentándose conmigo.

—No va a hacer falta. Luis se empeñó hace un año en hacer este registro informatizado de todos los clientes, facturas, proveedores... Tengo acceso desde cualquier ordenador. —explico mientras tecleo a velocidad del rayo. Selecciono las facturas emitidas hoy y aprieto el botón del buscador. Los resultados tardan unos segundos en aparecer en la pantalla. Segundos en los que tanto yo como Susana aguantamos la respiración. Ahí está.

—Jorge Montes —lee Susana por encima de mi hombro —¡Y viene su teléfono!

Aunque desde fuera no se aprecia ningún cambio en mi expresión, por dentro estoy bailando el *La Macarena* como loco. ¡Por fin algo de suerte!

—Espera, espera —dice Eric parando el juego.

—¿Qué haces? —se indigna Julián que iba ganando.

—No puedes llamarle —dice Eric haciendo caso omiso de su compañero de juegos.

—¿Por qué no? —pregunto confundido. ¿Qué hay más fácil?

—A ver, piénsalo bien. ¿Vas a llamar a un tío que no conoces de nada y que no te ha dado su teléfono para decirle que te ha parecido que estaba buenísimo e invitarle a cenar? ¡Vas a quedar como un psicópata macho!

—Igual sí que es un poco raro —murmura Susana.

—Hombre Susana, tú imagínate que la primera vez que conoces a Julián e intercambias tres palabras con él te llama y te dice que ha buscado tu número en un registro del curro para invitarte a salir. ¿Qué le dices?

—Que no —admite ella. Yo la miro indignado. ¿Por qué

sabotean mi plan maravilloso? —¡Podría haber sido un psicópata! —se excusa ella.

—Coño cariño, gracias —dice Julián.

—Es verdad. La primera vez que nos vimos, cuando nos presentó tu primo, tú no abriste la boca. Si después de eso encuentras mi teléfono por ahí y me llamas te habría dicho que no, porque me pareciste un poco raro.

—¡Era tímido! Me pareciste muy guapa y no sabía qué decirte —se defiende el chico y Susana lo mira con ojos llenos de amor.

—¿Y cómo os volvisteis a ver? —insiste Eric.

—Volvimos a coincidir en una cena en casa de Amanda. Hablamos toda la noche. Él estaba súper cortado y no me iba a pedir el teléfono así que se lo pedí yo a él. Lo llamé al día siguiente.

—Y lo demás es historia —aplaude Eric —. Lo que quiero decir es que no le puedes llamar sin más. Buscar teléfonos en un registro es de psicópatas. Tienes que volver a coincidir con él, hablar y pedirle el teléfono.

—¿Y cómo voy a coincidir con él listo? —le pregunto cruzándome de brazos.

—Eso ya no sé —contesta él.

—Averigua dónde trabaja —dice Julián.

—¿Ah sí? ¿Y cómo?

—Coño es el siglo 21 y tienes su nombre. Búscalo en Google.

—Sí, claro. Como si fuese tan fácil.

—Lo es —dice Julián levantándose del sofá —. A ver dame el ordenador —dice quitándoselo y tecleando algo —; Jorge Montes has dicho ¿no?

Afirmo con la cabeza y espero mientras mi amigo busca yo que sé el qué. Susana se aburre de nosotros y va a vestirse porque ha quedado con Amanda para cenar. Al cabo de un rato, Julián me hace un gesto para que mire la pantalla.

—¿Es alguno de estos? —dice señalándome varias fotos de supuestos “Jorge Montes”. Las miro con detenimiento y mis ojos se iluminan.

—¡Ese! —digo señalando al cuarto chico que aparece.

—Jorge Montes. Profesor de matemáticas en el Instituto Pío Baroja.

—¡Eso está pasando la autopista! —exclamo.

—Pues ya está —asiente Eric —. Mañana te das un paseo por el instituto e intentas cruzarte con él. Le dices “Ey, soy el que te arregló el coche. ¿Qué tal va?” Le das un poco de palique y le pides su teléfono. Fácil y sin quedar como un acosador peligroso.

Me entran sudores fríos. ¿Cómo narices voy a ser capaz de hacer eso?

# CAPÍTULO 3

## *¿Desesperado tú? ¡Jamás!*

—No puedo creer que me hayas convencido para hacer esto —protesta Eric mientras aparca su coche enfrente del instituto Pío Baroja a las cinco menos diez de la tarde. En diez minutos terminan las clases y, se supone que es cuando Míster Buenorro sale de trabajar.

—No tengo coche ¿qué querías que hiciera? —protesto.

—Debes de ser el único mecánico en todo el país que no tiene carné de conducir. ¡Haber cuando te lo sacas!

—Si no tienes otra cosa mejor que hacer. Además, no quiero parecer un loco esperando solo a la puerta de un instituto.

—No, prefieres que parezcamos dos locos. Dos policías de incógnito en una de esas películas de domingo por la tarde parecemos.

—Anda, no protestes tanto. Come algo —digo tirándole un paquete de patatas mientras miro por la ventanilla hasta encontrar el coche del buenorro en la fila de atrás. Por suerte, el parking no es demasiado grande.

—Ese es su coche —susurro señalándoselo por la ventanilla del conductor.

—¿Por qué hablas en bajo? Si nadie nos puede oír. —protesta mi amigo.

—De verdad macho, que cuando estás de que no, estás de que no ¿eh?

—¡No estoy de que no! A ver, ¿cuál es el coche del hombre de tu vida? —dice Eric pegando la cara al cristal mientras se lo señalo—Espero que por lo menos tenga una amiga o una hermana soltera y de buen ver. ¿Tienes claro lo que le vas a decir?

—Sí. He estado practicando toda la noche.

—Te ha dado fuerte ¿eh?

—Es que es guapísimo. Y no sabes lo difícil que es encontrar un hombre guapo y medianamente normal en este pueblo. Yo…

*TOC, TOC, TOC*

Los dos damos un respingo cuando alguien golpea la ventanilla. Nos giramos en el asiento y vemos al dueño del coche que estábamos espiando (vamos, a Míster Buenorro) inclinado junto a mi ventanilla.

"¡Mierda!" pienso yo mientras miro a Eric, que se encoge de hombros. Respiro hondo y abro la puerta del coche.

—¡Hombre! Si eres tú. ¡Qué sorpresa! —digo fingiendo una sonrisa que me sale más falsa que un euro de madera.

—¿En serio? ¿Es una sorpresa? Porque a mí me ha parecido que estabais mirando mi coche —responde el armario guapísimo que tengo delante. Los engranajes del cerebro me funcionan a mil revoluciones mientras pienso qué decir.

—Ah ¿ese? ¡Ya sabía yo que me sonaba de algo! Justo se lo estaba diciendo a mi amigo —lo señalo y Eric hace un gesto de saludo desde el interior del coche, que el otro ignora.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta el chico con un tono de desconfianza.

—Ehhh… —balbuceo. De verdad que he estado practicando la excusa perfecta toda la noche, pero ahora que lo tengo ahí enfrente, todavía más guapo que ayer, la mente se me queda en blanco y no sé qué responder.

—¿Has venido a verme a mí?

—¿Qué? ¡No! —exclamo —Hemos… hemos venido a buscar a los hijos de nuestro amigo Julián.

—¿En serio? ¿Cuántos años tienen sus hijos? Igual les conozco.

—Sei… Ocho. —miento —Ocho años tienen. Son unos chicos así bajitos como… —pongo mi mano a la altura de la cadera.

—¿Ocho años? Joder, pues deben de estar súper avanzados los hijos de tu amigo, porque esto es un centro de Educación

Secundaria. Los más jóvenes tienen trece. —responde Míster Buenorro un poco enfadado.

—¿Qué dices? Nos habremos equivocado de dirección entonces. —replico poniéndome rojo hasta las orejas.

—Sí, eso debe ser —el chico pone cara de no creerse nada — Mira, me voy a ir. Porque, la verdad es que todo esto me parece un poco raro. Me da la sensación de que estoy siendo espiado y no me gusta nada. Así que adiós. Te diría que ya nos veremos, pero la verdad es que espero que no. —dice bordeando el coche y dirigiéndose al suyo.

Yo, totalmente hundido, me vuelvo e a meter en el coche.

—¿Ocho años? —exclama Eric —Tío ¿qué te pasa?

—Anda, conduce. Vámonos de aquí cuanto antes —murmuro con la cabeza gacha.

# CAPÍTULO 4

## *No bebas demasiado*

—*Sister*, de verdad que no estoy de humor.

—No digas tonterías. Es la primera fiesta que doy en esta casa. No puedes faltar. Además, Eric me contó que estabas de bajón. —dice mi hermana Lucía por teléfono.

—¿Hablas con Eric a mis espaldas? —Increíble. Saboteadores.

—¡Pues claro! Eric es genial. Y está preocupado por ti. No te puedes deprimir por un tío al que has visto dos veces en tu vida. ¿Qué no le interesas? ¡Pues pasa a otro! En la fiesta va a haber mogollón de gente. Seguro que encuentras a alguien.

—¡No puedo creer que Eric te haya contado lo del tío del taller! ¡Menudo bocazas!

—¡Fabián, basta ya! Me lo ha contado con todo lujo de detalles. Con ese ya no tienes nada que hacer. Así que pégate una ducha, ponte guapo y a las ocho te quiero en mi casa. ¿Estamos? —exige la enana en tono borde.

Emito un largo suspiro directo al auricular.

—Vale —acepto al final. Mi *sister* siempre se sale con la suya.

***

El nuevo apartamento de Lucía está a tope. Parece increíble que en tan poco espacio puedan vivir Lucía y otras dos personas, pero más increíble todavía que hayan conseguido meter a tantos invitados. No cabe un alfiler. Me abro paso como puedo hasta la cocina, sorteando desconocidos y buscando la cabellera rizada de Eric. Llevo una botella de vodka en la mano. Si tengo que pasar por esto, no pienso hacerlo sobrio.

—¡Has venido! —chilla mi hermana lanzándose a mi cuello.

—Pues claro —respondo mientras le devuelvo el abrazo —¿Y Eric?

—Ah no. Eric no viene. Tenía una cita o algo —dice Lucía agitando la mano.

—¿Cómo? —exclamo yo con la boca abierta —¡Pero entonces no conozco a nadie!

Los mato. A los dos.

—Ay, no seas dramático. Aquí todo el mundo es súper majo. Ven que te presento a unos amigos —mi hermana me agarra del brazo y me arrastra por un pasillo lleno de gente joven y sudorosa que fuman y beben al ritmo de una horrorosa música tecno que suena por toda la casa.

Llegamos a lo que, por la decoración supongo que es el dormitorio de Lucía. Nadie se quedó tan atrapada en los años dos mil como ella. Allí hay tanta gente como en el pasillo. Mi hermana se acerca a un pequeño grupo que está formando un corro y empieza a dar besos por doquier.

—Chicos, quiero que conozcáis a Fabián. Fabián, ellos son Silvia, Marian, Jorge y Alejo.

Compongo mi mejor sonrisa y doy un paso adelante, pero la sonrisa se me queda congelada en el rostro. Dos metros por dos metros, pelo castaño corto, barba de varios días, brazos como mi muslo, vello abundante y casi rubio. Le miro a la cara y veo que se ha quedado tan pillado como yo. ¡Mierda, mierda y mierda! Míster Buenorro en persona.

—Os lo voy a dejar aquí un poco porque sus amigos no han venido y no conoce a nadie en la fiesta. —explica Lucía ajena a la cara de imbécil que se me debe haber quedado. Me da un sutil empujón para que salude al grupo pero mis pies se han convertido en plomo y no puedo moverlos del sitio.

—¿En serio me estás siguiendo? —pregunta finalmente Míster Buenorro con cara de pocos amigos.

—Yo… no, yo… —balbuceo muerto de la vergüenza. Tengo que salir de aquí pero ya. Este tío va a pedir una orden de alejamiento como siga apareciendo en su vida.

El resto de los integrantes del grupo, incluida Lucía, nos miran alternativamente a Jorge y a mí sin entender nada.

—No, Jorge. Fabián es mi hermano —explica Lucía conciliadora mientras fuerza una sonrisa en su cara.

—¿Es tu hermano? —pregunta el otro confundido.

—Sí. Casi nunca sale. Prácticamente le he tenido que suplicar para que viniese. ¿Por qué te iba a perseguir nadie? —pregunta mi hermana confundida. *Ay bonita, si tú supieras.*

Jorge, antes conocido como Míster Buenorro, sacude la cabeza y se pone rojo hasta las orejas. "Que se fastidie" pienso yo, que me alegro de no ser el único avergonzado de la habitación.

—Disculpa, yo… —empieza él.

—Tranquilo, no pasa nada —le interrumpo yo apiadándome un poco, porque veo que el chaval lo está pasando realmente mal. Soy un blando. —. Soy Fabián, por cierto.

—Jorge —dice él estrechándome la mano. Tiene una mano enorme, calentita, pero no sudada. Odio la gente a la que le sudan las manos. Por favor, lo que debe poder hacer esa mano… "¡Fabián contrólate!". Me presento al resto de integrantes del grupo y, como el ambiente está ya más relajado, mi hermana decide que es seguro dejarme solo. Yo no estoy tan convencido, pero no la retengo cuando se va a saludar a tres chicas con pinta de animadoras que acaban de llegar.

En realidad los amigos de mi hermana, incluyendo a Jorge, son de lo más simpáticos. Me hablan de esto y de lo otro, pero yo no consigo encontrarme cómodo. Pillo a Jorge mirándome un par de veces, creo que aún no se cree que esté allí. Eso me hace sentir todavía más inseguro y me esfuerzo por sacar conversación para no ser yo el que tenga que hablar.

—¿De qué os conocéis vosotros? —pregunto.

—Bueno, es todo un poco complicado —dice Silvia con una sonrisa —. Marian y Alejo son novios desde el instituto. Marian y yo éramos compañeras de piso en la universidad y me invitó a su boda con Alejo. Allí, yo conocí a Jorge y hace seis meses decidimos irnos a vivir juntos.

Espero que no se me note la cara de imbécil que se me debe haber quedado. ¿Que son pareja? ¿Viven juntos? ¿Cómo? ¡Coño Fabián qué ojo tienes! Si es que no es a primera vez que te pasa.

¡El buenorro es hetero! ¡Joder!

—¡Qué bien! Enhorabuena por la boda y por… lo vuestro —exclamo fingiendo alegría —. Voy a ir a ponerme una copa, que he dejado el vodka en la cocina y en estas fiestas ya se sabe.

—¡Ten cuidado! —ríe Silvia mientras sigue hablando con su amiga.

Yo me doy la vuelta y salgo a trompicones de la habitación. Una especie de vapor me sube por el cuerpo y se me acumula en la cara. ¡Qué idiota que soy! Y yo pensando que… ¡Anda ya! Todos los tíos que merecen la pena son heteros o tienen novio. Lo sabe todo el mundo. Recupero mi botella de vodka y, quitándole el precinto, le doy un largo trago a morro. ¡Asqueroso!

—Vas a tope ¿eh? —escucho detrás mío. Me giro y ahí está Jorge, con una cerveza en la mano.

—Ya sabes. Estas fiestas son intolerables sin alcohol —digo, agitando la botella —¿Quieres?

—No, estoy bien con la cerveza —responde.

Yo me encojo de hombros y me sirvo un copazo de vodka con un zumo de naranja que encuentro en la encimera. Me bebo la mitad de un trago. ¿En serio soy el único que tiene calor aquí?

—Oye, yo te quería pedir perdón por lo de antes —me dice Jorge. Yo agito la mano en señal de “no pasa nada” mientras me relleno la copa. —. Y también por lo del otro día en el parking. Fui muy borde contigo y con tu amigo. No sé de que voy. Llevo una semana horrorosa en el trabajo y sé que no es excusa pero…

—Que no pasa nada Jorge —digo yo, que ya empiezo a sentir lo efluvios del alcohol. Es increíble cómo un poco de vodka te puede hacer sentir más relajado.

—Es que no sé qué me dio para pensar que me estabas espiando. ¡Es ridículo!

—Ah no tranquilo. No te lo estabas imaginando. Te estaba espiando —contesto yo. ¿De dónde ha salido esa confesión? Desde luego Fabián, el vodka te hace ser más sincero. Eso es bueno.

—¿Ah sí? —pregunta él.

—Sí. No en plan loco peligroso, pero sí. Del todo. —digo yo agarrando firmemente mi copa y mi botella y saliendo de la cocina.

***

Tres horas my seis copas más tarde me he hecho súper amigo de un tío que es amigo de la compañera de piso de Lucía. Pepe se llama. Creo que es narcotraficante. Pero de los simpáticos. Apoyo mi cabeza en el sofá porque mi cuello ya es incapaz de sujetarla. Me voy a hacer otra copa. Para recuperar fuerzas.

Una mano sujeta mi brazo cuando lo alargo para coger la botella.

—¿No te parece que ya has bebido suficiente? —dice la voz de Jorge en mi oído.

—No —niego yo con la cabeza. Y no digo nada más, porque estoy muy borracho y no tengo ganas de hablar.

—Venga, te llevamos a tu casa —insiste él intentando levantarme. Pero yo me resisto y le tiro en el sofá. ¡Coño, sí que estoy fuerte!

—¡Un ratito más! —le digo a Silvia, que me mira divertida. La chica se sienta en una silla enfrente nuestro mientras yo hago esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

—Te vas a quedar dormido aquí —dice Jorge con voz pausada, como si le estuviese hablando a un niño pequeño —. Dinos dónde vives y te llevamos a casa. Conduce Silvia que es la única que no ha bebido hoy.

—¡Me quedo aquí! —exclamo de repente porque acabo de tener una idea magnífica —Es la casa de mi hermana. Voy a dormir con ella.

—No creo —niega Silvia —, porque tu hermana nos ha echado a todos del dormitorio para enrollarse con un surfista australiano. Así que creo que esa cama la tienes vetada.

—¡Yo soy su hermano! —protesto.

—Pero no has visto al surfista. Está que cruje —dice Jorge.

Me echo a reír. Este Jorge es muy gracioso.

—Por eso pensé que eras gay —digo.

—¿Qué? —él me mira confundido.

—Pensaba que eras gay. Y estás muuuuuuy bueno —digo alargando exageradamente la "u" —. Por eso fui al instituto ese, pero salió mal. Claro que estás con ella, así que bien no podía haber salido —me da otro ataque de risa pensando en mi ingenuidad —. ¡Tú! —señalo a la pobre Silvia que intenta aguantarse la risa como puede —Tu novio está muy bueno. Mucho. Palabra. Te lo digo yo que tengo muy buen ojo para eso. Lo de decidir si les gustan los rabos o no ya se me da peor, pero el gusto, oye, exquisito lo tengo. Está cachondísimo tu novio. Buena elección. —la felicito.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. —dice ella soltando una carcajada que casi la hace caerse de la silla.

—Iros vosotros. Yo me quedo aquí —digo con voz pastosa dando un puñetazo al sofá —Duermo aquí.

—Tampoco. Aquí duerme Elena. Venga, no te hagas el remolón que es peor —dice Jorge con infinita paciencia. Sin embargo, treinta segundos más tarde, como no me levanto, la paciencia se le acaba y, agarrándome por la cintura, me sube a su espalda y me carga como si fuese un saco de patatas.

—¡Qué fuerza oye! ¡Y qué espaldas! Si cabemos tres como yo. Silvia, cómo todo lo tenga en proporción qué suerte la tuya chica. ¡Qué envidia! —balbuceo mientras la chavala nos sigue riéndose y con mi chaqueta en la mano.

Estoy tan cansado. Voy a cerrar los ojos solo un segundo.

# CAPÍTULO 5

## *A la mañana siguiente recuerda: Naturalidad*

Abro los ojos despacio. La luz del sol me da en la cara y me molesta un huevo. Tengo la boca seca y pastosa. Necesito agua con urgencia. Miro a la derecha, hacia mi baño, valorando cuantos metros tengo que recorrer para llegar hasta el grifo. Hay una pared color azul cielo. ¿Dónde ha ido mi baño? Miro hacia la izquierda y mi cara se hunde en un montón de cojines a juego con la colcha de la cama. ¿Qué coño es esto? ¿Dónde están mis muebles? ¿Me han robado? Espera Fabián. Piensa. Me siento y miro alrededor. Definitivamente, esa no es mi casa. No hay fotos de coches antiguos en las paredes, y hay muchas plantas. Yo odio las plantas porque siempre se me mueren.

Dios me duele un montón la cabeza. ¿Me habrán drogado? ¿Qué ha pasado? No parece el escenario de un secuestro, pero nunca se sabe. Piensa. Qué es lo último que recuerdas. Pepe, el camello, en el sofá de mi hermana. Este no es el sofá de mi hermana tampoco. Es una cama enorme y con las sábanas más suaves que he tocado nunca. ¿Qué más recuerdas? Jorge y Silvia. Jorge tiene una espalda en la que cabemos tres como yo. Está muuuuuuuuy bueno. ¡Mierda! ¡Mierda, mierda! ¿De verdad le dije eso o lo he soñado?

Hundo mi cabeza en las manos y cuando las abro miro debajo de la sábana. Estoy desnudo. No en pijama, ni siquiera en calzoncillos. Desnudo. ¿Ligué? ¡Coño! ¿Ligué con Jorge? No, no. Tiene novia. ¿Entonces? Fabián, te juro que como hayas tenido una noche de sexo salvaje y no te acuerdes de nada, te mato. Para una vez al año que follas, sería el colmo.

Me quedo sentado en esa cama unos minutos mientras decido qué hacer. Estoy en una cama desnudo, lo que suele significar polvo loco. Pero ¿con quién? Si Jorge tiene novia entonces no queda otro que… No, no queda nadie. ¿El camello? No creo. ¿Qué hago? ¿Salgo fuera a ver qué me encuentro? Hombre, en algún momento voy a tener que salir, aunque sea para irme a mi casa. No sé...

La puerta se abre interrumpiendo mis pensamientos. Es Jorge. ¡Coño! ¡Es Jorge! ¡Me he follado al buenorro! ¿Y su novia?

—Ya te has despertado—me saluda él —. Con el pedo que llevabas anoche no sabía si dormirías hasta el lunes.

—¿Qué hora es? —pregunto ahogando un bostezo.

—Casi las doce —responde y me tiende un vaso de agua y una taza de café —Toma. Para la resaca y para despertar.

—Gracias —digo, inseguro de qué decir ahora —. Entonces, anoche nosotros…

—Anoche nosotros nada. Tranquilo.

¡Qué mala suerte la mía!

—Y entonces… ¿por qué…? —dejo la pregunta en el aire señalando a mi cuerpo desnudo bajo la sábana.

—Con eso yo no tuve nada que ver. Te encargaste tú solito. —aclara él.

—¿Cómo?

—¡Hombre! Pero si el rey de la fiesta ya se ha levantado. —Silvia irrumpe en el dormitorio con su eterna sonrisa pintada en la boca. Se tira en la cama de Jorge todo lo larga que es —¿Qué tal? ¿Resaca?

—Sí —afirmo —. Me parece que voy a pasar un día precioso.

—Bueno, tengo dos cosas que te van a alegrar —dice la chica.

—Silvia… —advierte Jorge.

—¿Qué? —pregunta la chica con tono de fingida inocencia —La primera es que Jorge y yo no somos pareja. Solo compañeros de piso. Anoche estabas muy preocupado porque tu gay-dar se hubiese estropeado, pero te funciona estupendamente. A Jorge le gustan las pollas como brazos de gitano.

—¡Silvia! —exclama el aludido golpeando a su amiga con uno de los cojines.

—Y la segunda… —dice la chica riéndose —Es que puede que

seas el mejor gogó del país. Este vídeo no tiene desperdicio.

Me muestra su teléfono y, al principio me cuesta reconocer al tipo que baila mientras se quita la ropa en lo que pretende ser un baile sensual, pero que resulta ser una imitación perfecta de un mono tarado. Se me congela el rostro mientras veo cómo me quito la camiseta y los pantalones y se los lanzo a Jorge que intenta frenarme sujetándome las manos. A mí todo eso me debe de parecer muy divertido, porque agarro sus manos y me las restriego por el pecho pretendiendo bajarlas hasta la entrepierna.

—¡Fabián para! ¡Quieto! —me dice Jorge en tono autoritario en el vídeo. Se escuchan claramente las risas de Silvia, que es quien me lo está grabando.

—¡Venga Jorge! ¡Déjate! Si lo estás deseando —ríe la chica mientras yo me restriego contra el cuerpo del chico y este intenta detenerme.

—¡A la cama! —me dice el chico mientras yo sigo bailando al ritmo de una música que está solo en mi cabeza.

—Silvia ¿le has oído? ¡Quiere llevarme a la cama! ¿Qué quieres que hagamos tú y yo en la cama eh? —le digo con voz sensual mientras me acerco a su boca.

Él me aparta con firmeza y Silvia se monda de risa. Ajeno al desaliento, yo decido que lo mejor es enseñarle lo que se está perdiendo. De un tirón, me bajo los calzoncillos y se los tiro a la cara. Jorge , con cara de desesperación, coge los calzoncillos al vuelo y a mi en volandas y me arrastra al dormitorio. La grabación se interrumpe.

Dejo el móvil en la colcha, incapaz de decir nada. Silvia se descojona a mi lado tirada en la cama y Jorge tiene toda la cara de estar sintiéndose fatal por mí. Creo que en mi vida me he sentido tan avergonzado. Tanto, que he pasado la barrera de ponerme rojo y simplemente no hago nada.

—Borra ese vídeo —le dice Jorge a su amiga viéndome la cara.

—Eres mi ídolo Fabián —dice la chica volviendo a coger su móvil —. Pocas veces me lo he pasado tan bien saliendo de fiesta sin haber bebido ni una gota de alcohol.

—Eh… yo me voy a ir —digo mientras me intento cubrir con la sábana y recoger mi ropa del suelo.

—Hijo, no te tapes tanto, que ya te lo hemos visto todo —dice Silvia sin hacerme mucho caso.

Yo quiero que me trague la tierra y me esfuerzo en vestirme lo más rápido posible dentro de la cama, evitando mostrar ni siquiera un centímetro de piel. Cuando estoy, me levanto de un salto y me calzo agradeciéndoles a ambos por haberme acogido esa noche. Para cuando salgo del apartamento, la taza de café todavía está humeante.

# CAPÍTULO 6

## *Aprende los secretos del coqueteo virtual*

—¡Es el fin de mi vida os lo digo en serio! —digo mientras me dejo caer en el sofá de Julián.

—¡Ay de verdad, no seas exagerado! —dice Susana.

—Si es lo que le digo yo, que es un dramas. Lleva así desde ayer —añade Eric.

—Es que a ver, ¿en qué parte de tu fantástico libro para conquistar a los hombres dice que le tengas que hacer un striptease al tío que te gusta borrachísimo y enfrente de su compañera de piso? —me lamento lanzándole a Susana el libro.

—Hombre, es que dicho así… —opina Julián.

—¡No he hecho más el ridículo en mi vida! No voy a salir a la calle nunca jamás de los jamases.

—Pues lamento decirte que mañana te toca abrir el taller —dice Eric.

—Pues iré de mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa a esconderme bajo la manta. Es que no habéis visto el vídeo, ¡qué vergüenza!

—No lo hemos visto, pero nos encantaría verlo. ¿Tú crees que si se lo pido a la tal Silvia…? —ríe Eric, y yo le lanzo un cojín a la cara en protesta —¡Es broma, es broma!

—Para un tío normal que encuentro… primero lo del taller, luego vamos al instituto y nos toma por dos acosadores.

—Con razón —apunta Eric.

—Y ahora el ridículo de la fiesta de mi hermana.

—La verdad es que con este chaval te has coronado —opina Susana mientras yo intento asfixiarme con un cojín.

—Lo único bueno es que no creo que vuelva a verle en la vida. No vuelvo a ir a una fiesta organizada por mi hermana ni muerto. ¡Igual ni a su boda voy! —exclamo y justo en ese momento, me vibra el móvil en el bolsillo del pantalón. Lo saco con desgana pensando que como sean Luis o mi hermana les voy a mandar al cuerno. Leo la pantalla y noto cómo el color abandona mi cara.

—¡Es Jorge! —grito.

—¿Qué? –exclama el resto a coro.

—¿Cómo sabes que es él? —pregunta Julián.

—Coño porque el mensaje dice: “Hola Fabián, soy Jorge. Tu hermana me ha dado tu teléfono. Anoche te dejaste el reloj en mi casa. Si quieres te invito a tomar un café y te lo devuelvo en persona. Un abrazo.”

—¡Coño!

—¡Joder qué fuerte!

Ostia que sí es fuerte. Que me ha escrito Jorge. Para quedar. Bueno, dice que para devolverme un reloj que yo ni me había dado cuenta de que había perdido. Pero eso solo es una excusa. ¿No? ¿O solo quiere ser simpático y yo ya me estoy montando películas en mi cabeza?

—¿Qué hago? —gimo mirando el teléfono cómo si fuese una bola de cristal.

—¡Contesta! —grita Eric.

—¡No! Espera. Vamos a pensar. —dice Julián.

—¿El qué? Es prácticamente un milagro que le haya escrito. No te ofendas macho, pero es así —dice Eric —, y tú necesitas follar más que comer.

—¡No es cierto! —me indigno, aunque sé que sí es bastante cierto.

—Por supuesto que sí. Tú mismo lo dijiste, llevas casi un año sin sexo. Por eso te está saliendo todo tan mal con este chico. Necesitas quitarte las telarañas. Así que contéstale y dile que sí a lo de quedar antes de que vuelva a ver el vídeo de tu bailecito y

se arrepienta.

—¡El libro tiene un capítulo de eso! —chilla Susana recogiéndolo del suelo —¿Quien tiene en sus manos la clave para conquistar a un hombre eh? ¿Quién se ríe ahora?

—Dejate de libros. Es mucho más fácil que todo eso. Contesta: "Genial, te paso a buscar mañana a la salida del trabajo". Punto —afirma Eric.

—Lee a ver qué dice —le pido a Susana porque sé que Eric tiene razón pero soy un cagado integral y no quiero fastidiarla de nuevo.

—"Aprende los secretos del coqueteo virtual. Cuando un hombre te mande mensajes de texto, es importante que juegues bien tus cartas. No respondas enseguida y finge una sutil indiferencia aunque de manera cordial y amistosa. No quiere que tu chico ideal sepa que estás esperando sus mensajes. Usando de forma efectiva la "ley de la escasez" te aseguras de mantener su interés y generar expectativas. No respondas con párrafos demasiado largos (mejor mensajes claros y concisos) y deja algunas preguntas sin responder. Favorece que sea él el que vuelva a escribirte".

—Genial. Menuda bazofia —suspira Eric.

—De bazofia nada. ¿Cómo crees que seduje yo a Julián? —pregunta la chica.

—Creí que era yo el que te había seducido a ti —protesta su marido.

—Y el hecho de que sigas pensando así es una prueba irrefutable de que el libro funciona —concluye ella —. Hazme caso Fabián. Que no note que llevas una semana hablando de él 24 horas. Respóndele algo así como "¡Qué cabeza la mía, me dejo el reloj en cualquier parte" Ahora mismo estoy fuera y no sé si mañana puedo quedar. Escríbeme mañana y vamos viendo". Así, casual. Interesante.

—¡Qué complicados sois los dos! —gime Eric.

—¡Y que lo digas! —afirma Julián.

Yo dudo, pero finalmente hago caso a Susana y escribo lo que

me ha dicho. Pulso el botón de enviar esperando que esa no sea la última vez que tenga noticias de Jorge.

# CAPÍTULO 7

## *No te obsesiones*

El timbre suena con insistencia. Abro la puerta de mi apartamento y mi mandíbula casi toca el suelo cuando veo allí a Jorge. Guapísimo. Con la misma camiseta roja que el día en que le conocí. Y su cuerpo perfecto. Y su sonrisa blanquísima. No sé qué decir y, una vez más, me quedo mirándole como un completo idiota. Por suerte, parece que él tiene más que claro a lo que ha venido.

Antes de que pueda abrir la boca, él se abalanza sobre mí y me sujeta la cara con las manos. Me da un beso tierno en los labios, y luego otro y otro. Yo cierro los ojos y me dejo llevar mientras él me empotra contra la pared del pasillo. Sus besos se hacen más urgentes. Me recorre los labios con la punta de su lengua y yo abro la boca para soltar un jadeo. Aprovecha para conquistármela, metiendo su lengua y buscando la mía, que sale encantada al encuentro. Nos besamos cada vez de manera más salvaje y pasional. Cuando tengo que separarme para coger algo de aire, él me empieza a besar el cuello y yo no puedo evitar gemir. Me pone mucho.

Me quita la camiseta y desciende por mi pecho. Masajea mis pectorales y juega con mis pezones hasta ponérmelos duros. Mi polla reacciona a sus caricias y presiona insistentemente contra mis pantalones. Él me acaricia la entrepierna con una sonrisa lasciva y mi miembro se retuerce de manera dolorosa. Gruño.

—Estás muy duro —me dice él mientras restriega su mano contra mi erección de forma obscena. Yo le agarro por la camiseta y le llevo al salón, donde nos tumbamos en el sofá mientras nos besamos ardientemente. Agarro su perfecto culo y lo empujo contra mi cuerpo, notando que él también está como una roca.

—¿Me quieres dentro? —me pregunta al oído.

—Sí —gimo yo —¡Joder sí!

Nos desnudamos con rapidez y él me obliga a ponerme a cuatro patas en el sofá. Antes de que pueda verlo venir, me da un

sonoro azote que me hace soltar un chillido. Complacido, me cachetea la otra nalga y yo me estremezco ante ese dolor tan placentero. Me azota unas cuantas veces más, hasta dejarme el trasero rojo y dolorido. Y luego empieza a besármelo y a lamérmelo. Siento su boca recorriendo mis nalgas y tengo que morderme los labios para no gritar.

Sus enormes manos, separan mi culo y su lengua traviesa me lame la raja una, dos y tres veces, dejándomela bien mojada. Sus dedos empiezan a masajear mi entrada, preparándome para su enorme polla.

Me mete un dedo y yo gimo, pero no tardo en pedir más. Le hago meterme hasta tres dedos y follarme con ellos. ¡Dios qué rico se siente! Los curva en mi interior y yo siento fogonazos de intensísimo placer que me obligan a cerrar los ojos. Me voy a correr como siga así. Parece que conoce perfectamente todo lo que me gusta, sin necesidad de que yo le diga nada.

—¡Sigue! —suspiro.

—¿Cómo se piden esas cosas? —ríe él detrás mío dándome otro azote para recordarme quién está al mando.

—¡Por favor! ¡Por favor, no pares! —gimo yo desesperado porque siga dándome placer.

—¿Quieres mi polla? —pregunta él mientras me folla con sus dedos sin parar.

—¡Sí! —respondo enseguida. Quiero su polla dentro mío más que nada en el mundo. No quiero correrme sin haberla probado y estoy tan cerca…

—¿Seguro? —pregunta él con una sonrisa mientras yo siento la punta de su enorme falo en mi entrada.

—¡Seguro! —afirmo yo y entonces él, me penetra de un solo movimiento. Yo grito, con una mezcla de dolor y placer. En un segundo, me siento lleno, pleno. Jorge espera a que mi cuerpo se acostumbre a tenerle dentro antes de empezar a moverse. Cuando lo hace, me folla despacio. Demasiado despacio.

—¡Más! —pido yo fuera de mí —¡Dame más fuerte!

—Menudo perro ansioso que me ha tocado —ríe Jorge,

acelerando el ritmo solo un poco —¿Así?

—¡Joder Jorge! ¡Más fuerte! ¡Clávamela hasta el fondo!

—¿Cómo?

—¡Por favor! Dame duro, por favor. Te lo suplico. —sollozo yo.

No puedo verle, pero sé que está sonriendo. Me agarra con fuerza las caderas y me empala una y otra vez contra su polla. Apenas toco el sofá, prácticamente me folla en volandas. Yo grito con los ojos en blanco mientras siento como el líquido preseminal empieza a salir de mi cuerpo. Me corro. Me co…

*¡PI, PI, PI, PI!*

El móvil suena y yo abro los ojos confuso. ¿Dónde diablos ha ido Jorge? Miro a mi alrededor y me encuentro en mi cama. Solo. Todavía tardo unos segundos en comprender que todo ha sido un sueño. Miro a mi entrepierna y compruebo que todavía está erecta, pringosa por el presemen que ha salido mientras dormía. Suelto un bufido, enfadado conmigo mismo.

Genial. Sencillamente genial.

# CAPÍTULO 8

## *El misterio es tu mejor aliado*

Me hago un apaño apresurado, insatisfactorio. Después, alargo la mano para coger el teléfono que no para de pitar intermitentemente. Miro la pantalla y compruebo que el mundo se ha vuelto loco. Mensajes de mi jefe, de mi hermana, de Julián… ¡Y uno de Jorge! ¡Ay madre!

Los abro con dedos temblorosos y leo.

"Hola Fabián. Soy Jorge. Hoy tengo claustro y no me viene muy bien quedar. ¿Puedes mañana?"

Me bloqueo. No sé que contestarle. Necesito hablar con Susana antes.

Abro el mensaje de Julián.

"¿Qué tal has pasado la noche Julieta? ¿Sabemos algo de Romeo? Yo no he pegado ojo, Susana ha tenido movida en el trabajo y está que muerde."

Mierda, si Susana está cabreada, probablemente no sea el mejor momento para llamarla. Desayuno tres tostadas con mantequilla mientras decido qué hacer. Finalmente escribo "Yo también he pasado una nochecita toledana. He soñado que el maestro me empotraba en plan bestia. Creo que Eric tiene razón y lo que necesito es follar. Y sí, ha respondido, hoy no puede. Dime cómo de enfadada está Susana que la tengo que llamar. ¡Abrazos!".

Lo mando y me preparo un café bien cargado. No puedo ni abrir lo ojos. ¡Qué sueño por favor! El teléfono vibra cuando entra un nuevo mensaje. Sera Julián. O mi hermana preguntando por qué o la respondo si me ha visto en línea. Lo desbloqueo sin mirar la pantalla mientras busco el azúcar. Finalmente me siento y leo.

"¿Has soñado conmigo? ¡Qué ilusión! Espero haber dado la talla al menos. Te invito a una copa mañana para compensarte la nochecita toledana. Eso sí, de Susana no sé nada. Espero que no

esté muy cabreada. Abrazos, Jorge.”

Me quedo mirando la pantalla mientras mi cerebro procesa lo que acaba de pasar. No puede ser. Yo el mensaje lo mande a Juli… a Jorge. Se lo mandé a Jorge. Los tengo seguidos en la lista de contactos. Compruebo que soy un idiota integral y tengo ganas de tirar el móvil por la ventana. Envío un audio a Susana porque a su marido ya no lo voy a volver a escribir en la vida. Me llama en menos de un minuto.

—¿Qué has mandado qué? —grita según descuelgo.

—Del uno al diez ¿cómo de grande es la cagada? —pregunto a mi guía sentimental.

—Te ha dicho para quedar ¿no? Pues yo diría que objetivo conseguido. La jugada te ha salido bien—responde Julián.

—¿Me has puesto en manos libres? —pregunto a la mujer de mi amigo con tono acusador.

—¡Pues claro que estás en manos libres! —responde mi amigo —No pensarás que le mandas a Jorge un mensaje diciéndole que has soñado que te follaba como un animal y yo no voy a opinar ¿no?

—Niños, tranquilícense —dice Susana y los dos nos callamos —A ver, léeme el mensaje.

Se lo leo poniéndome rojo por momentos. En este momento me alegro de no estar en una videollamada.

—Hombre… un poco cagada sí que es —opina Susana cuando termino —Pero Julián tiene razón, te ha invitado él a una copa.

—Le he mandado ese mensaje y Míster Buenorro me ha invitado a una copa. Ese chaval tiene que tener una tara muy seria o algo. No puede ser. Yo no quedaría conmigo mismo —opino.

—Le habrás contestado que sí ¿no? —dice Julián.

—No le he contestado nada. ¡Estoy hablando con vosotros!

—¡Coño, pues respóndele! —exclama Susana igual de agitada que su marido. Ahora me acuerdo por qué llevan tantos años

juntos.

—¿Y qué le digo? ¿Le pido perdón y le digo que el mensaje no era sobre él?

—¡No! —responden los dos a coro.

—Has hecho tu cama. Ahora acuéstate en ella —dice Julián.

—Sí. Es mejor que le escribas esto —cojo mi teléfono mientras Susana me dicta —"Ok, dime hora y sitio y quedamos mañana". Ya está. Simple y directo.

—¿Sí? —dudo.

—¡Sí! —me gritan mis amigos a la vez.

Pulso el botón de enviar y suelto el teléfono encima de la mesa como si fuese una bomba. Ya está hecho. Ahora solo queda esperar.

# CAPÍTULO 9

## *Prepárate para vuestra cita*

—¿Qué tal esta?

—Bien —responden los dos a coro.

—¿Y esta?

—También.

—¡No me estáis ayudando nada! —me enfado lanzando mi camiseta a las caras de Julián y Eric. La esquivan mientras siguen jugando a la consola.

—¿Qué quieres que te digamos? Estás muy guapo. Ponte algo y vete ya a la dichosa cita.

—No hemos quedado hasta dentro de dos horas —digo cruzándome de brazos.

—Pues entonces relájate y juega un poco —contesta Julián ofreciéndome el mando. Como si fuera tan fácil relajarme. Estoy hecho un manojo de nervios. Jorge me ha escrito esta mañana para citarme a las nueve en un pub que no conozco. A estas alturas ya he buscado la dirección, encontrado la forma más rápida de llegar y me he informado de rutas alternativas por si acaso hay atasco, el metro descarrila o algo. No pensaba ni por un momento que Jorge quisiese volverme a ver, así que ahora que hemos quedado quiero que todo sea perfecto. Ni un fallo más. Y mis amigos no ayudan nada.

Me reviso la cara en el espejo. No me suelo afeitar con demasiado cuidado, pero esta vez le he dedicado tanto tiempo que es una obra de arte. Ni un pelo de más. Ya me he duchado (dos veces), me he echado aftershave y desodorante por un tubo. Quedan dos horas. Y estoy sudando otra vez.

Julián me ve capaz de volver a meterme en la ducha y me dirige una mirada de advertencia.

—No te obsesiones. Solo es una cita.

—¡Hace mil años que no tengo una cita! Y este tío me gusta mucho.

—Ya, ya sé que te gusta, pero tranquilizate. Me estás poniendo nervioso a mí, que cuando me vaya de tu casa lo más interesante que voy a hacer va a ser jugar al ajedrez con Susana. Relájate. Respira.

Gruño y protesto por la ceguera de mis amigos mientras cojo el mando de la consola y estampo al alter ego de Eric contra el suelo de una patada. Igual sí que necesito liberar un poco de estrés.

***

Llego al bar veinte minutos antes porque no aguantaba más en casa. Jorge ha elegido un bar con estilo irlandés, muy bonito la verdad, con aire antiguo. Me pido una cerveza mientras espero. De repente, me da la neura de que igual no viene, me da plantón, se ha olvidado de mí o todo ha sido una broma. Pero no, apenas cinco minutos después de que me haya sentado en una de las mesas del fondo, aparece él. Guapísimo. Se ha arreglado. No demasiado, solo lo justo.

Veo que se ha pedido una cerveza y está a punto de sentarse en la barra así que me levanto y le toco el hombro. Se gira y, cuando me ve, sus ojos se abren sorprendidos.

—¡Y yo que pensaba que llegaba pronto! —me saluda con dos besos y yo puedo oler la colonia de hombretón que lleva. Me encantan los tíos que usan perfume. Me parece muy varonil y muy sexy.

Volvemos a la mesa que yo había cogido y se sienta con una sonrisa.

—Antes de nada… —dice y se saca mi reloj del bolsillo. Para ser honestos ni me acordaba de él. Es un reloj horroroso. Sin embargo, lo cojo y le agradezco que se haya acordado.

—Si hubiese sido yo seguro que se me habría olvidado —le digo.

—Bueno, todo lo relacionado contigo es bastante difícil de

olvidar —responde con una risita.

Me pongo rojo al instante.

—Oye, lo del mensaje del otro día…

—Si me vas a decir que el maestro que te empotraba en el sueño no era yo, me voy a sentir fatal —me interrumpe con una sonrisa —. Ya me había hecho ilusiones. Así que, por lo menos, miénteme —me pide con un mohín.

Agradezco que no le dé importancia pero yo quiero que me trague la tierra y más ahora, que lo tengo sentado enfrente.

—Soy un desastre… —murmuro más para mí que para él.

—¡Qué va! Me pasa muchísimo —se ríe.

—¿Lo del striptease o lo del mensaje? —pregunto yo riéndome por no llorar.

—Los dos. Soy irresistible —bromea.

—Tampoco te flipes —le pico yo.

—¿Quién se flipa? —dice encogiéndose de hombros —¡Menuda presión! Ahora tengo que competir contra mí mismo. ¿Tú sabes lo difícil que es eso? Seguro que el yo del sueño era mucho más interesante. La realidad siempre decepciona.

—No siempre —murmuro yo mirándole los pectorales que le marca la camisa que se ha puesto. No puede estar más guapo. Tiene el título de Míster Buenorro más que ganado.

—Bueno, supongo que eso tendrás que comprobarlo por ti mismo —me sonríe él seductor. Me mira de una manera que hace que automáticamente se me acelere el corazón. Me da rabia que tenga tanto poder sobre mí, pero no puedo evitarlo. Doy un trago largo a la cerveza.

—¿Vais a cenar o solo bebidas? —pregunta el camarero acercándose a la mesa con dos menús. Yo estoy a puntito de decirle “no, solo bebidas, gracias”, al fin y al cabo, no es nada tan formal. Igual Jorge se aburre y se quiere ir o…

—¿Tú has cenado? —pregunta él. Niego con la cabeza.

—Aquí hacen una hamburguesas fantásticas. ¿Puedo pedir por ti? —yo asiento —¿Nos traes dos hamburguesas especiales? Con doble de todo. Y unas patatas cinco salsas con bacón.

—Marchando Jorge —dice el chico dándole una palmada en el hombro al despedirse.

—Gracias Pedro —contesta él.

Yo espero a que el chico se haya alejado para hablar.

—Vienes mucho ¿no?

—Vivo cerca —dice Jorge —Ya verás, te van a gustar. Tenías hambre ¿no?

—Sí —respondo. La verdad es que al llegar estaba tan histérico que no creo que me hubiese podido comer ni un ganchito. Pero ahora que lo pregunta, sí, tengo hambre.

—No tenía que haber pedido sin consultarte. Perdona, ha sido un impulso —murmura Jorge poniéndose rojo. Es la primera vez que lo veo azorado y me parece encantador —. Igual te tienes que ir. Si te quieres ir no te preocupes, yo le subo la hamburguesa a Silvia. No hay problema.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Tranquilo, tengo hambre. Mucha hambre.

Y no solo de comida.

# CAPÍTULO 10

## *Nada de hablar de tus ex*

¿A qué está buena? ¿Eh? Te dije que estaba buena.

La verdad es que las hamburguesas de ese sitio este están increíblemente ricas. Eso sí, son tan grandes que la mía casi no me cabe en la boca. Menos mal que yo soy de buen comer, porque mi hermana Lucía tendría para tres días con una de estas.

—¿Fabián? ¡Hombre, qué sorpresa! Tú por aquí.

La voz aflautada me da la pista clave de quién es antes de que yo levante la cabeza. Aún así miro de hito en hito sin poderme creer mi suerte. Me cago en todo lo que se menea.

—¡Félix! ¿Qué tal? —digo fingiendo alegrarme.

Me intenta dar dos besos, pero yo le hago la cobra y le obligo a darme la mano. Y flojo, porque le sudan. Un montón. Pero él no parece darse cuenta. De hecho tampoco parece darse cuenta de que estoy con el tío mas bueno del universo. Se alegra mucho de verme, qué tal tú, qué tal el trabajo, acabaste la reforma del piso, por qué no me has respondido a mis mensajes… Porque eres muy pesado Félix. Y bastante raro. Y te sudan las manos. Evidentemente, todo esto no se lo digo y pongo una excusa tipo muchísimo trabajo o algo así.

Félix no pilla ninguna de las indirectas que le mando y sigue hablando y hablando. Miro a Jorge de reojo pidiéndole perdón, pero él parece estar pasándoselo pipa.

—Yo soy Jorge por cierto —saluda con una sonrisa de oreja a oreja cuando se cansa de ser ignorado por nuestro molesto visitante.

—Ah —dice Félix como si se acabase de percatar de que en esa mesa hay alguien más que yo —¿Y este quién es? —me pregunta.

—Un… —“amigo” voy a decir, pero Jorge me interrumpe.

—Su novio. ¿Qué tal?

—¿Tu novio? —repite Félix con tono de no entender nada —Vaya, ya veo que no te ha costado nada pasar página —me dice con tono agrio.

¿Qué pagina Félix? ¡Si solo nos acostamos una vez hace seis meses en un momento de extrema necesidad por mi parte! Evidentemente, esto tampoco lo digo.

—Bueno, cuando encuentras al hombre adecuado… —afirmo poniéndome un poco rojo.

—Ya veo ya. A mí no me diste demasiadas oportunidades para demostrarte que era el adecuado. En fin, tú te lo pierdes. —me dice y acto seguido se marcha dejando un halo de indignación a su espalda.

—¿Quién diablos era ese? —pregunta Jorge aguantándose la risa. A este hombre todas mis desgracias le parecen desternillantes.

—Nadie —respondo en tono seco.

—¿Nadie? —insiste él —Pues parecía muy dolido contigo.

—Nadie que te pueda explicar ahora si quiero conservar la poca dignidad que me queda. Que entre el baile en pelotas y el mensaje de ayer no es mucha, la verdad.

—No es ninguna —afirma Jorge metiéndose una patata cubierta en salsa en la boca —. Así que dispara.

—Es un tío que conocí en una aplicación de ligue online —confieso con un suspiro.

—Ya ¿y? —pregunta él, invitándome a hablar con la mano.

—Y nada. Quedamos y ya has visto cómo es.

—Una mierda. Hay más seguro. Cuenta. Y luego te cuento yo a ti una historia mía para compensar.

Suspiro y me preparo para sumar un capítulo más a lo que ya se podrían llamar “Mis vergüenzas con Jorge”.

—Bueno, ya le has visto ¿no? Pues puedo decirte que si lo

conoces un poco es todavía peor. Mucho peor. En serio, no te esfuerces en intentar imaginártelo porque no estarías ni cerca.

—Soy matemático, no imagino. Quiero los hechos.

—Me propuso ir a su apartamento a follar.

—Eso no es raro.

—Quería que me lo follase mientras él llevaba un disfraz de cerdo y hacía ruidos... de cerdo.

—¿Cómo? —Jorge se echa para atrás soltando una estruendosa carcajada. Dos chicas en la mesa de al lado se giran para mirarnos.

—Y con una correa, algo que nunca entendí, porque los cerdos no llevan correa. Es como si tuviese las fantasías de ser un perro y un cerdo y no supiese como unirlas. —explico, porque ahora que me he soltado no hay quien me pare.

—¡No te puedo creer!

—Lo que oyes.

—Joder, la gente está fatal —dice él secándose las lágrimas de risa.

—Ya ves —murmuro mientras vuelvo a atacar las patatas. ¡Están cojonudas!

—¿Y? ¿Te lo tiraste? —pregunta.

—¡No! —miento, fingiendo indignación.

—¡Ostras que no! ¡Te lo tiraste fijo! ¡Con correa y todo! —exclama él volviendo a reírse a carcajadas.

—¡Chsss! Baja la voz, que nos va a oír —protesto mirando si Félix el raro sigue en el bar —Vale, sí. Me acosté con él —confieso e interrumpo a Jorge cuando veo que va a volver a reírse —, pero fue algo excepcional en circunstancias de sequía… excepcionales.

—Vamos que tiene razón Eric y necesitas echar un polvo más que el comer —asiente Jorge mirándome fijamente a los ojos. Yo bajo la mirada porque no quiero reconocer que esa es la mayor

verdad que se ha dicho esta noche.

—Bueno… —carraspeo —, a ver tú historia. Espero que sea realmente vergonzosa y no me dejes solo en este ridículo.

—Hombre, no sé si supero lo del cerdo, pero supero con creces lo de tu baile y lo del mensaje.

—¡Cuenta! —pido ansioso.

—No puedo creer que te vaya a contar esto —dice frotándose la nuca.

—¡Va! —exijo.

—Hace unos cuatro meses. Conozco a un chaval alto, guapo, simpático… —la historia de momento me parece una puta mierda. Si quisiese oír los tiarrones con los que ha ligado me compro sus memorias. Pero me callo —Le traigo aquí a cenar. Pedimos unos nachos especiales con queso, bacon, carne, salsas… de todo. Nos comemos dos platos —A mí me encantan los nachos. ¿Por qué yo no tengo nachos? ¿Dónde están mis nachos? —. Vamos a mi casa. Nos empezamos a enrrollar a fuego. Y de repente…

—¿Qué?

—Me tiro un pedo que lo escucharon hasta los vecinos. Y no solo eso, apestaba como la muerte. No sé qué me sentó mal pero te aseguro que tenía el infierno dentro. El tío se quedo… blanco. Literalmente. Creo que lo atonté de un pedo. En cuanto se espabiló, se levantó del sofá, cogió su chaqueta y se fue. Sin decir ni pío.

—¡No! —ahora soy yo el que se ríe hasta que se le caen las lágrimas.

—En serio, nunca he pasado tanta vergüenza. Le escribí al día siguiente y no me respondió jamás.

—¡No!

—He traumatizado a un hombre con un pedo.

—¿Por eso no has pedido nachos hoy? —bromeo.

—¡Hombre! Yo no cometo el mismo error dos veces.

Me pongo un poco nervioso porque esa frase implica la posibilidad, aunque sea remota, de que Jorge y yo acabemos enrollándonos "a fuego" como dice él esa noche. Solo de pensarlo me cosquillea la entrepierna.

—De todos modos ese tío era un pijo colega. ¿Dónde se ha visto salir corriendo por un pedo? Si te gusta comer rabos es lo que hay. Yo tuve un ex con el que hacía competiciones. Ganaba siempre él. Era tremendo —digo ignorando los clamores de mi cuerpo. Jorge ríe. Dios, me encanta hacerlo reír.

—Agradezco que me intentes hacer sentir mejor, pero yo estaba ahí y yo también lo olí. Créeme que la estampida estaba justificada. No lo pude controlar, hice el ridículo pero bien.

—¿En serio? Yo me emborraché, bailé como un mono y me desnudé enfrente tuyo sin conocerte de nada.

—Tú estás muy bueno, eres muy sexy y te puedes permitir desnudarte enfrente de un tío, ponerle los dientes largos y que tenga que hacer uso de todo su autocontrol para no ponerte a cuatro patas allí mismo.

Me quedo mudo de la impresión.

—¿Eso piensas? —pregunto finalmente.

—¿El qué? ¿Qué eres sexy? Sí —contesta él acercándose peligrosamente a mi rostro—¿Y tú? ¿Opinas lo mismo de mí?

—Bueno, creo que después de lo del mensaje, he sido bastante obvio —susurro mientras noto mi corazón desbocado y el estómago del revés.

—Pero quiero escuchártelo decir —susurra él a escasos centímetros de mis labios.

—¿El qué? —mi cerebro está apagado y solo puedo pensar en lo apetecible que es su boca.

—¿Me deseas?

—Bueno, desear es una palabra un poco fuerte —Pues claro que te deseo idiota, si no me has besado y ya estoy empalmado. Pero no te lo voy a decir a la primera de cambio.

—Sí es un poco fuerte sí. Entonces, ¿me deseas? —pregunta él tan cerca que puedo sentir su colonia, su aliento, todos sus olores mezclándose con los míos.

—Sí —la respuesta sale de mis labios sin que yo la pueda controlar.

—Bien —sonríe él inclinándose hacía mí.

*TARA-RARA-TARA-RARA*

Los dos nos quedamos paralizados tratando de descifrar de dónde sale ese sonido. Finalmente, Jorge pone los ojos en blanco y separándose un poco coge su teléfono.

—Perdona —dice descolgándolo —. Dime Álvaro.

¿Quién cojones es Álvaro? ¿Tiene un radar para saber cuándo es el mejor momento para interrumpir? Odio a Álvaro.

—¿Qué? —exclama Jorge al otro lado del teléfono con cara de preocupación absoluta —Voy para allá —dice colgando el teléfono.

Yo me le quedo mirando muy confuso. ¿Cómo que voy para allá? ¡Estabas a punto de besarme!

—Lo siento mucho Fabián, de verdad, pero me tengo que ir. Voy a pedir la cuenta y…

—Tranquilo, ya pago yo —respondo notando que está como loco por marcharse.

—¿En serio? ¿No te importa? Vale, te lo agradezco. Es que me tengo que ir ya. Te llamo y quedamos otro día ¿vale? Te lo compenso.

Asiento con gesto cansado mientras él se pone la chaqueta. De verdad que últimamente tengo unas citas que… Joder ¿por qué me pasan estas cosas? ¡Esta estaba yendo bien! ¡Súper bien! Bueno, igual demasiado bien para ser verdad. Jorge me da dos besos apresurados y se marcha corriendo del bar dejándome con los restos fríos de la cena y un humor de perros.

# CAPÍTULO 11

## *Deja de lado los celos*

—Igual se tenía que ir de verdad —opina Julián.

—¿Justo antes de besarle? ¿A dónde? ¿A la Conchinchina? ¿Y quién es ese Álvaro? —se indigna Susana.

—Por lo menos hemos descubierto un nuevo sitio de hamburguesas. Si están la mitad de buenas de lo que dices deberíamos ir este fin de semana. —dice Eric, a quien nada le parece lo suficientemente grave.

—¡Sí claro! Para encontrarnos con Jorge y el tal Álvaro o, si tenemos suerte, con el del disfraz de cerdo —exclamo yo que hasta ese momento he estado rumiando mi indignación interiormente.

—¿No te ha llamado? —pregunta Julián con cuidado, temiendo mi mala uva.

—Me ha escrito un mensaje esta mañana. No le he contestado.

—¿Por qué? —pone cara de confusión.

—¡Porque ayer se fue en medio de la cita y me dejo colgado en el bar! ¡Estoy enfadado!

—¡Te dijo que se tenía que ir! Igual pasó algo grave. —replica él.

Yo refunfuño en desacuerdo. Aunque igual tiene razón. Igual debería contestarle.

—Si quieres mi opinión —empieza Eric —, ese tío es un listo. Está haciendo lo mismo que hice yo con Marta.

—Tú a Marta le pusiste los cuernos con su hermana Eric. No creo que sea lo mismo —dice Julián, siempre creyente en el amor. La verdad, es que yo tampoco creo que lo de ayer sea como lo de la hermana de Marta. O sí. Igual tiene otro ligue por ahí. O está casado. ¡O qué se yo!

—Solo te ha escrito un mensaje. Y te dejó colgado. Espera a que te llame o algo. ¡Que se lo curre un poco! —afirma Susana que está casi más enfadada que yo.

—¿Y si no me escribe más? —pregunto yo.

—Pues entonces es que no te merece Fabián. ¡Hombre ya! A ver si tú vas a poder dejar a alguien tirado en medio de una cena y no puedes mandar cuatro o cinco mensajes hasta que te conteste.

—¿Cuatro o cinco? —pregunto yo, que no pensaba esperar tanto.

—¡Sí! A ti no te vacila ni Dios —afirma ella.

—¡Estás como una cabra Susana! Respóndele Fabián —interviene su marido.

—¡Que no!

—¡Que sí!

Bloqueo mi teléfono y me lo guardo en el bolsillo mientras mis amigos debaten sobre mi vida amorosa y yo decido qué hacer.

◆◆◆

Al día siguiente todavía sigo dándole vueltas al tema mientras reviso el motor de un coche de los años 60. Cuanto más pienso en algo sin encontrar una solución satisfactoria, más me enfado conmigo mismo. A estas alturas estoy ya que me subo por las paredes. Luis se ha metido hace rato en su despacho por no aguantarme. Yo tengo la cabeza metida en las entrañas de la máquina cuando escucho su voz.

—Hola.

Del susto, me doy con la capota en la cabeza y veo las estrellas.

—¡Cuidado! —exclama Jorge demasiado tarde. Se acerca con cara de preocupación —¿Estás bien?

—Déjalo estoy bien —refunfuño de mal humor porque ya estoy más que harto de hacer siempre el capullo cuando él está

cerca —¿Qué quieres?

—¿Estás enfadado? —insiste preocupado.

—No, no, es que… llevo un mal día, eso es todo. Dime.

—Nada, yo venía solo… como te escribí ayer y no me has contestado… pensé que… —se pone rojo mientras se frota las manos —Probablemente no debería haber venido porque si no quieres saber de mí es entendible pero, no sé, me pareció que conectábamos. Que lo pasamos bien en la cena.

—Sí lo pasamos bien. Hasta que Álvaro te llamó y te marchaste corriendo —le suelto yo sin poderme contener.

—¿Qué? ¿Qué es esto, una escena de celos? —pregunta él repentinamente mosqueado.

—Igual estoy celoso, sí. Pero es que no me gusta compartir. Si estás conmigo, estás a punto de besarme y yo ya me he hecho la película en mi cabeza de cómo vamos a acabar la noche revolcándonos en el suelo de tu apartamento, no me apetece que te llame otro tío y te marches corriendo a bailarle a él el agua. Creo que es el mínimo respeto que me merezco.

—Mira, no te tengo por qué dar explicaciones pero, para tu información, Álvaro es solo un amigo. Es mi vecino y tenía que echarle una mano. ¡Es prácticamente un adolescente! Pero mira, mejor, porque así ya me ha quedado claro que eres un celoso de mierda y ¿sabes qué? Que no me apetece pasar por eso. Ya tuve un ex psicópata y no pienso repetir la partida contigo. Me encantas, de verdad, me encantas. Me pareces sexy, tierno, divertido… pero con los celos no puedo. Son mi línea roja. Lo siento —dice enfadado, marchándose del taller igual de rápido que ha venido.

Y dejándome a mí echo una mierda.

# CAPÍTULO 12

## *No tires la toalla*

Inspira. Expira. Venga, Fabián, puedes hacerlo. Cojo el teléfono y busco el contacto. No, no puedo. Lo tiro en el sofá y me froto la cara. ¿Qué estoy haciendo? Llevo dos días sin saber nada de Jorge y me está matando. He planeado esta conversación en mi cabeza doscientas veces pero, a la hora de la verdad, siempre me hecho para atrás. ¿Y si me rechaza?

Bueno, lo que no puedes es seguir así. Ni comes, ni duermes, ni haces nada más que pensar en Jorge. Igual Eric tiene razón y es un listo con otros tíos en la recámara o igual la razón la tiene Julián y todo lo del vecino es verdad y se tenía que ir por un motivo totalmente inocente. Pero dándole vueltas en tu cabeza no vas a llegar a ninguna conclusión.

Cojo el teléfono y marco sin respirar. Hay uno y dos tonos de llamada antes de que descuelguen al otro lado.

—¿Qué quieres? —pregunta Jorge borde. Bueno, sabe quien soy así que me tiene guardado en contactos. Parece buena señal.

—Hola Jorge, soy… soy Fabián —digo con voz temblorosa.

—Sé quién eres. Te he preguntado que qué quieres —suena cabreado como una mona.

—Yo… te quería pedir perdón. Por todo. He sido un idiota. No tenía derecho a montarte ninguna escena de celos. ¿Sabes? Ayer fui a tu instituto a pedirte disculpas pero, cuando te vi salir, la verdad es que me dio miedo encararte y me escondí detrás de unos coches —me sale una risa triste.

—Joder macho, tu manía de espiar a la gente es muy fuerte —contesta él seco.

—No, yo normalmente no… Es que… me pareces un tío genial, muy interesante y… me dio miedo, me volví inseguro, qué sé yo.

—Mira, Fabián. Ahora mismo no es muy buen momento ¿vale? Tengo mil cosas en la cabeza y no tengo tiempo para más problemas. Yo te agradezco tus disculpas y las acepto de mil amores pero hablamos otro día.

—Vale… —respondo yo cortado —solo quería que supieras que… que me gustas mucho —digo casi sin voz.

—Genial. Vale. Hasta luego —responde él y cuelga el teléfono.

Me quedo mirando el móvil sin entender nada. ¿No era eso lo que tenía que hacer? ¿Pedirle perdón y decirle que me gusta? ¿Qué narices le pasa?

Me dan unas ganas repentinas de llorar que no puedo controlar. Así que me siento en el suelo del salón y sollozo hasta que se me sale el alma por los ojos.

# CAPÍTULO 13

## *Échale una mano cuando lo necesite*

—La verdad es que yo tampoco sé que le pasa. Quiero decir la cagaste pero le llamaste y le pediste perdón ¿no? ¿Qué más quiere? —mi hermana remueve con el palito de plástico el café de la máquina del hospital.

—No lo sé. Es tu amigo —respondo yo.

—Bueno, en realidad mi amiga es Silvia. A Jorge le he visto pocas veces. Si tuviera más confianza con él podría decirle…

—No. Déjalo. Ya la he fastidiado bastante. Será mejor dejar las cosas como están y asumir que no le voy a volver a ver. Ya conoceré a alguien, que nunca será tan guapo ni tan divertido como Jorge, o me compraré un gato.

—Exagerado sí que eres un rato *brother*. ¡Pues claro que vas a conocer a alguien! Mañana, que es viernes, salimos.

—No…

—¡Qué sí! —afirma ella seria —Pareces Chavela todo el día sufriendo por amor. Y ahora discúlpame, pero me tengo que ir. Tengo quirófano.

—Tranquila —digo mientras tiro mi asqueroso café de máquina a la papelera y le doy un abrazo.

—Acuérdate de llevarle la ropa a mamá —me dice ella pasándome la gran bolsa por la que he ido al hospital —. Si te pregunta, dile que no libro hasta el viernes. Enfermería está de locos estas semanas.

—De acuerdo —contesto, viendo cómo mi hermana desaparece por una de las áreas reservadas al personal del hospital. Mientras camino por los pasillos, viendo camillas ir y venir, me parece increíble que mi hermana pequeña trabaje allí. Si me lo habrían dicho cuando éramos adolescentes, no lo hubiera creído. Imaginaba que si veía sangre se marearía, igual que me

pasa a mí. Pero se ve que la genética no lo es todo, porque es una de las mejores de su planta. Se le da bien y, lo que es más importante, le encanta. Por lo menos en eso sí que hemos tenido suerte los dos; ambos tenemos trabajos que nos gustan. No todo el mundo puede decir lo mismo.

Sin embargo, trabajar en un hospital no tiene que ser nada fácil. Yo los odio. Odio ir aunque sea para comer con mi hermana. Todos los enfermos, los familiares tristes en la sala de espera. Como ese chico que se seca las lágrimas en esa fila de sillas horribles de color azul. Ese chico que se parece tanto a… Un momento. No se parece. ¡Es Jorge!

Me acerco y le pongo una mano en el hombro. Él levanta los ojos enrojecidos y llorosos.

—¡Ostias Fabián! —dice él mientras se seca apresuradamente las lágrimas con el dorso de la mano. Otro al que no le gusta que le vean llorar.

—¿Qué pasa? —le pregunto muerto de preocupación por verle así de desvalido. Me siento a su lado y pongo mi mano sobre la suya.

—Es… mi madre. Lleva desde ayer ingresada. Se ha roto la cadera. Ahora la están operando y yo… —solloza incapaz de seguir hablando. Yo le paso el brazo por los hombros y lo atraigo hacia mi. Él se recuesta llorando en mi pecho. Tenemos que formar una estampa curiosa con el gigante de dos metros escondiendo la cara en el torso del flacucho bajito. Pero a ninguno nos importa.

—Tranquilo —susurro en su oido. Todo va a salir bien. —le acaricio el pelo y la espalda y nos quedamos así hasta que él se relaja un poco y deja de llorar.

—Perdona el numerito tío —dice él incorporándose. Se suena los mocos con un klinex usadísimo y yo sonrío a mi pesar.

—Llora lo que necesites —respondo acariciándole la cara —. Mi amigo Julián siempre dice que llorar limpia el alma.

—Es un llorón Julián ¿no? —sonríe él con lágrimas todavía cayéndole por la cara.

—Absolutamente. Cualquier cosa le puede hacer llorar. Una

película, un músico callejero, un poema, el fútbol si gana su equipo…

Él se ríe y yo me alegro.

—¿Hace cuanto que la han metido en quirófano?

—Apenas dos horas. La médico me dijo que tardarían por lo menos cuatro en operarla, más luego llevarla a la UCI… No sé —esconde el rostro desesperado en las palmas de sus enormes manos.

—¿Y llevas todo el día aquí? —pregunto. Él asiente cabizbajo.

—¿No has comido? —insisto.

—No tenía hambre. —responde él como en una disculpa.

—Bueno, vamos a hacer una cosa. Voy a ir a la cafetería y te voy a traer un bocadillo ¿vale? Con que te quedes tú sin fuerzas tu madre no va a ganar nada. —digo levantándome.

Jorge solo se encoge de hombros mientras sigue mirando al suelo. Va a ser un día largo para él.

# CAPÍTULO 14

## *Comparte aficiones*

—¿Y ese?

—Un tres y medio.

—¿Qué? ¿En serio?

—Mira este, ¡este si que es un ocho coma nueve! ¡Está tremendo!

—Joder que sí. Está para hacerle lo que te pida.

Jorge se ríe pasando la página de la revista de cotilleos que he comprado en la tienda del hospital. Bueno, por comprar, he comprado tres revistas, dos cómics, dos bolsas de gominolas y unas patatas. Ya que no puedo quitarle las preocupaciones, por lo menos que se entretenga para que las horas no pesen tanto.

—Quién me iba a decir a mí esta mañana que iba a acabar en el hospital calificando a los tíos buenos de una revista contigo —sonríe.

—Juzgar a alguien por su físico es algo que no se debe hacer, pero dadas las circunstancias…

—Podemos hacer una excepción en tu pulcro código moral —termina él.

—Podemos sí. Y debemos. ¡Dios, si este me dijese "ven", me lo follaba hasta que pidiese clemencia! —exclamo señalando a un morenazo de ojos verdes que, al parecer, es el finalista de un concurso musical —¿Dónde están estos tiarrones? ¡No existen en la vida real!

—¡Oye! —dice Jorge dándome con la revista en el hombro —Que al final me voy a poner celoso y todo.

—Sabes que no tienes motivos —respondo sin pensar. Él me lanza una mirada pícara. Yo me doy cuenta de lo que acabo de decir y me pongo rojo hasta las orejas.

—Están operando a mi madre y no me parece el momento ni el lugar —se me acerca sonriendo y a mí se me pone la carne de gallina —, así que no te voy a preguntar si piensas follarme hasta que pida clemencia. Pero te lo advierto desde ya: yo nunca pido clemencia.

Se ha acercado peligrosamente a mis labios y yo estoy tentado de besarlo hasta borrarle esa sonrisa de suficiencia de la boca, pero un señor en silla de ruedas pasa a nuestro lado y Jorge se aleja de golpe. A mi me cuesta unos segundos calmar los latidos de mi pecho, pero el matemático tiene razón: no es momento ni lugar. Ya habrá tiempo si tiene que pasar algo. Aunque hay algo que sí quiero aclarar con él ahora.

—Oye, perdona por lo borde que fui cuando me llamaste — dice Jorge, leyéndome la mente. —Es que justo acababa de pasar lo de mi madre y yo tenía la cabeza como un bombo…

—Ni te preocupes —contesto —. De todos modos tenías razones para ser borde. Yo fui bastante imbécil con todo el tema de tu vecino. Quiero decir, que solo habíamos quedado para que me devolvieses el reloj. No es como si fuese una cita ni nada. No tenía ningún derecho a ponerme así porque te fueras.

—Para mí sí era una cita —aclara Jorge poniéndose serio —. Me apetecía mucho quedar contigo. Y es verdad que lo de Álvaro fue un poco raro y que me marché sin dar explicaciones… Es que el chico tiene dieciocho años, acaba de salir del armario y no está pasando un muy buen momento. Sus padres no se lo han tomado demasiado bien, está enamorado de un tío que es un imbécil… dramas de cuando tienes esa edad.

—No tienes que explicarme nada, en serio.

—Ya lo sé, pero luego tú me llamaste para pedirme perdón y yo te traté muy mal, te colgué el teléfono… No te mereces que te trate así.

—¿Entonces ya no estás enfadado? —pregunto esperanzado.

—¿Después de que me dijeras por teléfono que te gusto? ¡Qué va! —ríe él quitándole importancia —Además, te sigo debiendo una cena. Aunque ahora con todo lo de mi madre no sé cómo lo voy a tener para quedar.

—Seguro que podemos arreglar algo —respondo intentando

que no se me note que por dentro estoy dando saltos de alegría. ¡Qué bien! ¡Qué alivio! ¡Por fin algo bueno!

—¿Familiares de Carmina Almenar? —pregunta una médico de bata blanquísima.

—¡Yo! —exclama Jorge levantándose de la silla de un salto —Soy su hijo.

—Bien. Bueno, pues tranquilo porque la operación ha ido bien. Su madre ha salido ya de quirófano y ahora está en la sala de recuperación hasta que despierte de la anestesia y veamos cómo evoluciona. Si no hay problemas, en unas horas la subirán a planta y podrá visitarla. La recuperación va a ser lenta como corresponde a una mujer de su edad pero...

—¿Pero está bien? ¿Está fuera de peligro? —pregunta Jorge excitado.

—En principio está bien, no ha habido complicaciones, todas las constantes son buenas. Tenemos que esperar a que se despierte para asegurarnos, pero no debería haber problemas.

—¡Qué alivio! Menos mal. —dice llevándose las manos a la cabeza.

La médico sonríe cortésmente, seguro que más que acostumbrada a tratar con la preocupación de los familiares, y se va. En cuanto desaparece de nuestra vista, Jorge se da la vuelta y, cogiéndome la cara entre las manos, me da un impulsivo beso en la boca, mezcla de deseo, nervios, preocupación, alegría, alivio… Yo me agarro a su cuello y me dejo hacer, encantado de sentir sus labios sobre los míos y feliz de que su madre esté bien.

—Disculpa —dice finalmente separándose —Han sido los nervios, es que… ¡qué día de mierda! Qué peso que me acabo de quitar de encima, joder.

—No pasa nada —digo yo con una sonrisa de bobo que no me puedo quitar de la cara —Ha sido un buen beso —añado, agarrándole de la nuca y atrayéndolo hacia mí.

Nos volvemos a besar y esta vez lo hacemos de manera tranquila, calmada. Es un beso lento, profundo. Siento los pelos la barba de Jorge haciéndome cosquillas en mi barbilla. Su lengua me lame el labio inferior y yo suelto un jadeo involuntario que el

aprovecha para meterme la lengua en la boca. Besa de maravilla y yo siento que floto mientras nuestras lenguas se conocen y se acarician. Bailan juntas un son perfecto.

—Márchate —me pide él separándose de mi boca —. Márchate porque, como nos volvamos a besar, no me voy a contener y te voy a querer llevar al baño a hacerte de todo.

—No me parece una mala idea —susurro yo excitado.

—Ya, pero no quiero que lo hagamos así. Aquí no. Márchate, que yo me voy a quedar esperando a que me dejen subir a ver a mi madre. Mañana te llamo y te invito a cenar a mi casa. Silvia está fuera el fin de semana. Así te compenso lo de hoy —me da un beso rápido —, lo del otro día —otro pico —y no te dejo salir de mi casa hasta el lunes que tengamos que ir a trabajar. ¿Te apetece el plan?

—Mucho —respondo, callándome que también me apetece una barbaridad que me lleve ahora mismo al baño. Me separo de él haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad y, dándole una palmada en el hombro, le dejo en la sala de espera con las revistas y las gominolas.

Yo, más que andar, corro por los pasillos rezando porque nadie note la erección que guardo en mis pantalones.

# CAPÍTULO 15

## *No te muestres ansioso*

Toco el timbre del piso de Jorge y creo que el corazón se me va a salir por la boca. Él me ha llamado para quedar a primera hora de la mañana y llevo desde entonces histérico. Histérico y cachondo. No sé qué va a pasar esta noche, pero quiero que pase de todo. No quiero dar más vueltas, no quiero imaginarme más escenas de lo que podemos o no podemos decir o de lo que podemos o no hacer. Solo quiero a Jorge para mí. Todo para mí.

Cambio mi peso de un lado al otro del cuerpo mientras le oigo acercarse al otro lado de la puerta. ¡Joder, no quiero que note que estoy nervioso!

—Bienvenido —saluda cuando abre la puerta con una sonrisa. Se ha puesto una camisa blanca que le queda de vicio. Yo murmuro un "hola" y le dedico una sonrisa tímida. ¡Fabián tranquilizate!

—La cena está casi lista —dice limpiándose las manos con un trapo —. He preparado…

Me abalanzo sobre él y le beso con una urgencia que no creo haber sentido nunca. Jorge parece sorprendido en un primer momento pero luego me empotra con fuerza contra la puerta y me corresponde ese beso salvaje.

—¿Qué tal tu madre? —pregunto separándome unos centímetros de su boca. ¡Qué descortés por mi parte no haber preguntado!

—¿Mi madre? Bien, estable. —responde él de carrerilla, volviendo a besarme antes de acabar la frase.

—¡Qué bien! ¿Cuándo le dan el al…?

—¡Deja de pensar en mi madre ahora! —me suplica Jorge interrumpiéndome —Está como una rosa. Te doy todos los detalles luego ¿vale?

—Vale —contesto enganchándome como un desesperado a sus labios.

Jorge me muerde los labios y domina mi boca. Pone sus manos en la parte baja de mi culo y me levanta en volandas sin ningún esfuerzo. Yo intento cruzar mis piernas en su espalda, pero es tan ancha que apenas me da para cruzar los tobillos. Me lleva hasta el sofá y cuando nos tumbamos puedo notar lo excitado que está. Le agarro del culo y me froto contra su entrepierna provocándonos una fricción deliciosa. Jorge gruñe mientras besa mi cuello y sus manos se cuelan por debajo de mi camiseta tocándome por todos lados.

*¡DIN DON! ¡DIN DON!*

El timbre de la puerta resuena por todo el salón.

—¡No puede ser! —gimo desesperado.

—Ignóralo. Si es importante ya volverán —me dice Jorge sin dejar de besarme por todas partes. Sus manos intentan quitarme la camiseta.

*¡DIN DON! ¡DIN DON!*

—No puedo. Así no puedo —digo rindiéndome.

—Voy a abrir. Dame un minuto que me deshago de quien sea —Me pide con tono de disculpa levantándose de sofá. Yo me siento con cara de malas pulgas y una frustración inmensa localizada en mi polla, que me duele a horrores.

Jorge abre la puerta y, antes de que pueda abrir la boca, un chico se cuela hasta el salón.

—¡Joder tío! Menos mal, ya pensaba qué no estabas. ¿Por qué no abrías? —exclama el chico totalmente agitado.

—Porque estoy ocupado Álvaro —dice Jorge señalándome con los ojos. El chico se vuelve a mirarme y yo le saludo con la mano.

—Coño no sabía que… ¡perdón! —dice el chico dirigiéndose a la puerta.

—¿Pero estás bien? ¿Ha pasado algo? —Jorge le sigue preocupado.

—Es que… Juanma me ha pedido que nos veamos hoy. Ahora. En media hora. ¡Ay no sé qué hacer! ¡Estoy cagado!

Me siento muy identificado con este chaval. Aunque ahora mismo le odie por haber interrumpido el momento más caliente que he tenido nunca con nadie.

—Álvaro tranquilízate. Hablas de Juanma como si el tipo fuese el más experimentado del mundo. Tiene diecinueve años y sigue dentro del armario. Por mucho que haya querido follar con hombres, no le ha dado tiempo.

—Con que se haya estrenado ya tiene más experiencia que yo. ¡Dime qué hago!

—¿Para qué? ¿Para follar? Usar condón. —contesta Jorge alzando los hombros. Álvaro y yo le miramos con las cejas levantadas.

—¿Me vas a dar algún consejo que no sea una obviedad? ¡Me refiero a cómo lo hago! —se desespera el chaval.

—¿Y yo qué sé? Soy profesor de matemáticas, no de sexualidad. ¿Te crees que porque a mí también me gusten los hombres lo sé todo sobre ellos? ¡Cada hombre es un mundo y le gustan cosas distintas! Tienes que irlo conociendo, ir probando que le gusta a él, que te gusta a ti…

—Mira, lo mejor es que no vayas con las expectativas muy altas —interrumpo yo viendo que no van a llegar a ningún lado. Los dos se giran para mirarme y yo me coloco un cojín estratégicamente encima de las piernas para que no se me note que todavía la tengo como una roca —. Quiero decir que nunca sabes lo que va a pasar. Te voy a contar mi experiencia. Cuando tenía diecisiete años yo estaba perdidamente enamorado de Lucas Echagüe, el capitán del equipo de fútbol de mi barrio. Estaba loco por él. Por supuesto, yo no tenía ninguna experiencia, jamás había estado con un hombre y no me atrevía ni a mirarle a los ojos, mucho menos a hablarle —Jorge sonríe de manera disimulada, probablemente recordando el día en que vino a buscar su coche en el taller. —. El caso es que yo estudiaba mecánica y estaba haciendo las prácticas en un taller al lado de la casa de mis padres. Y un día, Lucas apareció en el taller con un coche rojo ultra viejo. El coche ni siquiera era suyo, él no tenía carné, venía acompañando a otro chico, que era un poco mayor y

jugaba de portero en el equipo de fútbol. No sabes lo que fue para mí verle entrar en el taller. Además, se quedaron más de lo necesario, me estuvieron dando conversación... Yo estaba en una nube, porque era evidente que Lucas había aprovechado que su amigo traía el coche a hacer la revisión para venir y verme. En mi cabeza, Lucas y yo ya estábamos planeando nuestra boda. Total, les dije que el coche estaría listo para el día siguiente y Lucas me dijo que, cuando vinieran a buscarlo, podía ir con ellos a los recreativos y pasar la tarde juntos. ¡Qué más quería yo! Ya tenía la cita soñada con el tío más bueno del barrio. Me preparé… horas al día siguiente, ensayé todo lo que le iba a decir, cómo le iba a besar cuando le ganase en los recreativos… Hasta tenía pensado el sitio en el que iba a perder mi virginidad. Un pequeño descampado que había a diez minutos andando. Me tiré día y medio dándole vueltas a la cabeza. Y al día siguiente no apareció.

—¿Qué? —pregunta Álvaro confundido.

—No apareció. Al día siguiente el único que vino a buscar su coche fue el portero. Tenías que haberme visto la cara de idiota que se me quedó. Me dijo que Lucas no había podido venir al final porque había quedado con Lola, que era la tía más buena del barrio. Me rompió el corazón. Todo lo que yo había preparado en mi cabeza, que me había tenido angustiado, sin comer ni dormir, nunca pasó. Por eso te digo que lo mejor es ir con las expectativas bajas y ver qué pasa.

—¡Joder qué depresión macho! —exclama Álvaro —O sea, que crees que Juanma me va a dar plantón.

—No sé si te va a dar plantón. Digo que podría pasar.

—Animando a la gente eres único tú ¿eh? —me regaña Jorge.

—A ver, que todavía no he terminado —me río yo —¿Os acordáis que vino el portero a buscar el coche no? —ambos asienten —Bueno pues me pidió que fuese a dar una vuelta con él porque le había dejado tirado hacía dos días en una carretera y le daba miedo y tal. Como yo no tenía otra cosa qué hacer porque mi plan romántico se había ido al garete, pues le dije que sí y mi corazón roto y yo nos fuimos con el chaval.

—¿Y? —me anima Álvaro.

—Cuarenta minutos más tarde perdí mi virginidad en el asiento trasero del coche rojo más viejo que he revisado nunca.

—¡No! —exclama Jorge.

—Sí. El portero me tenía echado el ojo pero le daba vergüenza venir solo al taller así que lió a Lucas para que lo acompañase. Luego, cuando recogió el coche, aprovechó para pedirme que fuésemos a dar una vuelta y me llevó a un polígono que había a las afueras de la ciudad. Apagó el coche, contó hasta tres y se me lanzó al cuello. Es una pena que no hubiese cámaras dentro de ese coche porque mi cara tuvo que ser un poema. ¡No me lo esperaba en absoluto! Jamás habría dicho que Hugo era gay. Ni en un millón de años. Así que, lo que te quiero decir es que no te hagas muchas ilusiones porque nunca sabes por dónde te puede salir la gente. Vete tranquilo y si se tiene que dar con el tal Juanma, se dará. Y relájate porque si no, aunque se dé, no lo vas a disfrutar. No busques tener un sexo fantástico la primera vez que lo hagas. Confórmate con que te dé gustito, con que sea divertido. Follar no es difícil cuando lo hace todo el mundo. Pero si vas pensando en cómo ponerte y en dónde tocar, ni va a ser divertido, ni va a dar gustito, ni nada.

—Olvidarme del sexo de película, centrarme en el gustito. Entendido. —repite el chico.

—¿A qué hora has quedado? —pregunta Jorge.

—Enseguida. A las… ¡Ah! —grita mirando el reloj —¡Llego tarde! Me voy. Con las expectativas bajas. —exclama saliendo por la puerta tan rápido como ha entrado.

Jorge cierra la puerta detrás del chico y vuelve al sofá con una sonrisa.

—Vaya. Al final el que debería estar dando clases eres tú.

Yo me río y niego con la mano. Lo que me faltaba.

—Ahora en serio. Gracias por echarle una mano a Álvaro con este tema. A mí a veces no se me ocurre qué decirle y el chico está en una época complicada.

—La pasará. Todos hemos estado ahí —afirmo yo pensando en mi propia adolescencia.

—Así qué… —Jorge se acerca sibilinamente y me pasa una mano por la espalda —Has venido aquí con las expectativas bajas ¿eh?

—Por los suelos. Es lo mejor para evitar que te hagan daño —afirmo yo mientras sus labios se vana acercando.

—Entonces dime —susurra él con sus labios pegados a los míos —¿Qué quieres hacer? ¿Cenar?

—Follar —respondo yo sin pensármelo.

—Eso me parecía —me da un beso largo y profundo mientras caemos sobre el sofá.

# CAPÍTULO 16

## *Déjale espacio*

—¡Por favor! ¿Pero tú cuantos polvos tenías guardados en la recámara? —Jorge se escabulle de la cama cuando yo hago mi enésimo acercamiento coital.

—Muchos. Es que llevaba una racha que…

—Ya, ya. Félix se llamaba el del disfraz ¿no? —se ríe.

—¿Tú no decías que nunca pedías clemencia? ¿Ya te estás rajando? Si acabamos de empezar —digo yo volviendo a tirarle sobre el colchón. Le hago cosquillas y Jorge se ríe a carcajadas. Me encanta que se ría.

—Ni pido clemencia ni me rajo. Solo necesito… dame diez minutos aunque sea. ¡Es que me vas a matar! Mañana no me voy a poder ni mover.

—¿A quien le importa mañana? —digo yo besándole el cuello —No quiero que te muevas mañana. Mañana voy a querer que nos quedemos en la cama todo el día. Y ahora —cojo su mano y me la coloco en mi entrepierna —te quiero dentro.

Jorge coge mi polla en sus manos y la masajea despacio, arriba y abajo.

—No me creo que vuelvas a estar duro —ríe —¡No eres humano!

—Lo que pasa es que tú estás muy bueno —respondo.

—Vamos a hacer una cosa. Guardate las ganas un poco y vamos a comer algo. Te recuerdo que te había preparado una cena romántica. Con velas y todo. Y se ha quedado en la cocina sin probar.

—¿Eso es una queja? —pregunto sin poder quitar mis manos de su cuerpo —Porque hace nada me pareció que no tenías hambre. De comida por lo menos.

—Es que no sabes lo que me ha pasado. Ha venido un

mecánico buenorro a mi casa que me ha follado hasta reventarme. El pobre estaba ansioso, no podía esperar —bromea él.

—Pobrecito tú —digo yo con falso tono de lástima —¿Ha sido muy horrible?

—Buff ha sido espantoso. Me ha hecho correrme como una perra tres veces antes de dejarme siquiera ir a por un vaso de agua. Así que ahora tú te vas a levantar, vas a venir a la cocina conmigo y vamos a cenar algo para reponer fuerzas, aunque a ti está claro que te sobran. ¡Andando!

Me levanto a regañadientes y nos sentamos en la mesa de la cocina. Ninguno de los dos se ha molestado en ponerse nada de ropa, así que mientras Jorge calienta la comida, yo me deleito admirando su cuerpo serrano sin parar. Estoy como hipnotizado con este hombre. Nunca me había pasado nada igual. Soy consciente de que debo parecerle un salido, pero es que no puedo evitar querer estar todo el rato encima de él. Encima o debajo, me da lo mismo. Nunca había deseado tanto a alguien.

Sin embargo, en cuanto le doy un bocado a la cena que ha preparado, mis pensamientos toman otros derroteros. Me sorprende lo bien que cocina Jorge. No tan bien como folla, porque eso sería imposible, pero muy bien.

—¡Qué bueno! —exclamo comiendo a dos carrillos.

—Tú si que estás bueno —la voz ronca de Jorge en mi espalda me pone los pelos de la nuca de punta. Siento sus labios besarme todo el cuello mientras sus manos bajan peligrosamente por mi pecho.

—¡Para! —digo atragantándome —Has sido tú el que ha dicho que necesitabas diez minutos.

—Ya, pero es que eso —me señala a la entrepierna —lleva apuntándome desde hacer un rato. Tú haz como si yo no estuviera —dice arrodillándose ante la silla. Yo gimo echando la cabeza para atrás en cuanto siento su boca alrededor de mi miembro. Le agarro por el pelo y le marco un ritmo que ya empieza a serle familiar.

Me obligo a abrir los ojos para ver como un gigante de dos metros devora mi polla sin dificultad. Cuando nota que le observo

me mantiene la mirada y, sacando su lengua, dibuja círculos en mi glande de manera obscena. Me muerdo los labios para controlarme y no correrme allí mismo. Quiero más. Quiero que dure.

Le hago levantarse y lo apoyo contra la mesa. Me lamo los dedos índice y anular y masajeo su entrada antes de meterle el primero. Jorge gruñe y me pide más. Yo añado el segundo dedo y le follo con ambos, preparando su culo y poniéndolo a tono. No tarda nada en estar completamente empalmado y suplicando por polla. Le obligo a poner una pierna sobre una de las banquetas de la cocina y le sujeto fuerte las caderas mientras me pongo un condón y restriego mi falo entre sus nalgas.

—¿Entera? —pregunto mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—¡Entera! —afirma él agarrándose con fuerza a las esquinas de la mesa.

Se la meto de un solo golpe y empiezo a follarlo a lo salvaje mientras él grita a los cuatro vientos. Verle así me pone a mí todavía más caliente. Lo masturbo con la mano que tengo libre para que sienta que el placer le viene de todas partes.

Es raro para mí estar dominando de esta manera a un tío que tiene cuatro veces mi tamaño, pero me encanta. Y a él le encanta también. No duda en gemir, jadear y pedir más para demostrármelo.

—¡Sigue! ¡Sigue! ¡Qué cosa más rica! —grita desaforado.

—¿Así? ¿Te gusta? —pregunto yo, conociendo la respuesta.

—¡Me encanta! ¡Ahí, sí, hasta el fondo! —suplica él con los ojos en blanco y fogonazos de placer recorriéndole todo el cuerpo. Yo estoy en éxtasis. Su culo es una maravilla de prieto, de caliente, de perfecto. Me encanta adentrarme en él una y otra vez.

—Me corro —gimo sintiendo que pierdo por completo el control de mi cuerpo. Libero una cantidad de semen desproporcionada si tenemos en cuenta que no hemos parado de follar en toda la noche. Me quedo temblando, de pie, abrazado a su espalda y todavía dentro de él. Cuando finalmente recupero un poco el aliento, se la saco y le obligo a sentarse en la silla de la cocina. Jorge todavía tiene la polla durísima, hermosa. Recojo el bote de lubricante que hemos abandonado en el dormitorio y él

me prepara a conciencia. Le coloco el preservativo con cuidado antes de empalarme en su polla y empezar a cabalgarlo. Ahora son su manos las que sujetan mis caderas mientras me la clava sin piedad una y otra vez. Yo gimo de gusto mientras él gruñe, demasiado excitado como para pensar nada coherente. En un momento, se pone en pie y me levanta del suelo. Para él no peso nada, soy como un muñeco. Sin sacármela, me apoya contra la puerta de la cocina y me folla a un ritmo rápido y constante, llevándome al paraíso. Presiento las oleadas de su orgasmo venir cuando su cuerpo se tensa y sus dedos se clavan con más fuerza en mi culo. Se corre dentro mío entre gruñidos de placer. Rendido, me baja al suelo y nos dejamos caer sobre los fríos azulejos de la cocina, agotados y sudorosos, pero satisfechos.

# CAPÍTULO 17

## *Consolida tu relación antes de conocer a su familia*

—Tengo que ir a ver a mi madre esta tarde —me dice horas más tarde, mientras miramos por la ventana desde la cama, acurrucados el uno junto al otro.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunto sin pensar y, a continuación me doy una bofetada interna por idiota.

—Vale —responde él sencillamente besándome la nuca.

Nos duchamos, nos vestimos, nos metemos mano, follamos, nos volvemos a vestir y en algún momento a lo largo de la tarde, salimos hacia el hospital.

Jorge me da la mano cuando andamos por la calle y me besa en el andén mientras esperamos al metro. Yo me siento en una nube, pero una parte de mí no quiere hacerse demasiadas ilusiones. Quiero decir, que solo hemos follado una noche. ¿Qué han sido los mejores polvos de mi vida? Sí, pero tampoco me puedo volver loco, que luego me pasa lo que me pasa.

—Nunca le he presentado a mi madre a nadie —comenta Jorge como de pasada mientras bajamos del vagón.

Me paro en seco intentando descifrar el significado de esa frase.

—¿No quieres que vaya? —pregunto pensando que igual ha cambiado de idea.

—Sí, sí —responde él rápidamente —, quiero que vengas. Me tranquiliza. Los hospitales me ponen un poco nervioso.

Pienso que a mí también, pero no se lo digo.

—Además ayer mi madre estuvo casi todo el rato dormida, así que la visita fue un poco… frustrante.

—Será la medicación —opino, sin tener ni idea.

—Sí, eso debe ser —dice él mientras pasamos por las canceladoras.

La perspectiva de que lleguemos y la madre de Jorge esté dormida casi todo el rato la verdad es que me tranquiliza bastante. Él nunca le habrá presentado a nadie a su madre pero yo nunca he sido presentado como… ¿cómo qué me va a presentar Jorge? Me agobio yo solo e intento pensar en otra cosa.

Sin embargo, lo de tirarse todo el día dormida debió de ser ayer porque la señora Carmina está bien despierta cuando Jorge y yo llegamos a la habitación. Él me presenta como "un amigo", pero su madre ya sabe. Por cómo me sonríe yo sé que ella sabe.

—Hola Fabián. ¡Qué vergüenza que me tengas que conocer en estas circunstancias! —dice Carmina con el mismo tono de voz que usa su hijo cuando está azorado.

—Encantado —saludo yo dándole dos besos e intentando ser la mejor versión de mi mismo.

—¿Y de qué os conocéis? —pregunta.

—Me arregló el coche —responde su hijo.

—Bueno, ya era hora de alguien te arreglase algo —apunta la mujer con malicia.

—¡Mamá! —se escandaliza Jorge y yo me río al ver cómo se pone rojo.

—Es verdad —replica ella —Es que mi hijo ha tenido muy mala suerte con los hombres —me explica.

—¿En serio? —pregunto muy interesado.

—¿Vamos a dejar de hablar de mi vida por favor? —suplica Jorge y su madre y yo nos reímos.

—Era broma hijo, no te dé vergüenza —"no era broma" vocaliza la señora, sin emitir sonido, en mi dirección —. Cambiando de tema, te habrás acordado de grabarme los capítulos de "Pasión en la vereda" ¿no?

—¿Qué? ¡Mamá no! ¿Te crees que cuando me llamaron del hospital el otro día estaba yo para ponerme a grabar telenovelas?

—¡Pero Agustina estaba a punto de declararse a Francisco Javier! —protesta ella.

—Tranquila, al final nada. Les interrumpió Esperanza y ahora ella y Francisco Javier han vuelto juntos —digo yo sin pensar.

—¡Qué mal me cae Esperanza! —se indigna Carmina.

—¿Ves la misma telenovela que mi madre? —me pregunta Jorge divertido.

—Ehhh…. No, bueno Luis la pone en el taller a veces. En verdad es él el que está enganchado, no yo —Mentira, estamos los dos igual de pegados a la pantalla.

—Eso dicen todos —ríe el maestro.

—¡Es que es una historia preciosa! —opina su madre emocionadísima.

—Tú no te alteres tanto que a ver si entre la medicación y la telenovela te va a dar un telele —advierte su hijo.

Yo me río porque se indignan igual. No hay duda de que la genética es la genética.

***

—Le has caído genial —dice Jorge dos horas más tarde cuando me acompaña hasta mi casa.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Y no es fácil. Mi madre es muy exigente. Casi ninguno de mis amigos le cae bien.

—Bueno, me alegro de ser la excepción entonces —digo mientras busco las llaves intentando que no note que me he puesto un poco rojo.

Llegamos a mi portal y yo me muerdo los labios inseguro. Pero no puedo no preguntárselo.

—¿Quieres subir? —digo.

Jorge asiente y por un momento me parece que está aliviado. Sacudo la cabeza. Deben de ser tonterías mías..

—Menos mal que me lo has propuesto tú —me dice al llegar al ascensor —. No sabía cómo pedírtelo.

Ah, pues no, no son imaginaciones mías.

—Como llevamos todo el día juntos no sabía si te apetecía que…

—Sí me apetece sí. Me apetece mucho que te quedes esta noche. Y mañana. Y cuando quieras. —digo besándole.

Me sujeta la nuca sin soltar mis labios mientras abre la puerta del ascensor y me mete dentro. Me besa y me lame el cuello de manera lenta y deliciosa. Para cuando el ascensor se detiene en el tercero, yo la tengo ya como una roca. ¡Por favor cómo que me pone este tío!

Entramos en mi apartamento y vamos directamente al dormitorio. Nos desnudamos de manera rápida, a trompicones. Tan rápida que hasta se me olvida quitarme los calcetines. Tengo la atención totalmente focalizada en otras cosas como los peludos brazos de Jorge que me sujetan contra el colchón mientras me besa todo el cuerpo. Desde la frente, hasta los pies.

Yo estoy ansioso perdido, pero él parece determinado a tomarse las cosas con calma. Me relaja con caricias por todo el cuerpo, evitando con maldad mi entrepierna que apunta al techo, clamando por ser tocada. Sin poder evitarlo, bajo una mano y me empiezo a masturbar yo mismo, pero en cuanto me ve Jorge, me la aparta de un manotazo.

—Aquí solo toco yo —me dice con un tono de maestro de matemáticas estricto que me pone muy caliente.

Me retuerzo impaciente mientras él sigue besándome y acariciándome por todas partes. En un momento dado, me abre las piernas, me hace flexionar las rodillas y me empieza a lamer entre las nalgas como si no hubiera un mañana. Yo gimo en alto. ¡Qué manera de comer culo tiene ese hombre! ¿Puede ser más perfecto? Creo que me estoy enamorando. No digas chorradas Fabián, que casi no le conoces. Pero es tan mono… ¿Quieres concentrarte en lo que te está haciendo? ¡Coño, me ha metido la lengua!

Gimo y jadeo mientras su lengua me recorre entero. Nalgas, raja, ano, perineo, testículos… No me deja nada seco. Me toma en

su boca y empieza a mamármela mientras me introduce despacio el dedo índice y me acaricia la próstata. Un fogonazo de placer me recorre toda la columna vertebral y arqueo la espalda soltando un gruñido.

Viendo que me gusta, Jorge me mete un segundo dedo y empieza a follarme dentro y fuera con ellos. Yo gimo, me retuerzo y grito toda clase de obscenidades con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco. Descubro que el maestro buenorro es un auténtico experto del masaje prostático y en menos de dos minutos me tiene rendido en esa cama suplicando porque me toque.

—Tócame la polla.

—No.

—¡Por favor! —suplico.

Le veo sonreír de manera disimulada y le odio con todas mis fuerzas. Le gusta tenerme así.

—¿Cómo? —pregunta como si no me hubiera oido.

—Por favor Jorge, tócame. Lo necesito.

—¿Lo necesitas? —sonríe lleno de malicia —¿Acaso te duele la polla? —dice frotándomela suavemente con la palma de mi mano.

—¡Así! ¡Jorge, me corro! —gimo mientras siento como mi placer sube en picado y mi cuerpo está a punto de estallar.

Y va Jorge y para.

—¿Qué haces? —grito. Levanto la cabeza con los ojos muy abiertos y una cara de frustración que debe ser un poema porque Jorge no puede evitar reírse en mi cara.

—Todavía no —me dice —. Espera un poco.

¿Cómo espera un poco? ¡Qué estaba a punto cabrón! Le odio. Le odio muchísimo.

Mas frustrado de lo que he estado en toda mi vida, vuelvo a tumbarme esperando que el señorito tenga a bien volver a ponerme las manos encima. La verdad es que apenas tarda unos segundos pero a mí se me hacen eternos.

Vuelve a chupármela y a acariciarme el ano. Yo vuelvo a gemir como un poseso. Me mete los dedos y yo pienso que toco el cielo. Me voy a correr sin remedio.

Y para.

Juega conmigo al ratón y al gato haciendo que mi frustración y mi necesidad de tener un orgasmo crezca hasta límites insospechados. Nunca he necesitado tanto algo. Nunca he querido correrme como ahora. Y ya me da igual chillar, gemir o suplicar para conseguirlo. Estoy fuera de mí.

Jorge me mira sonriente, seguro de lo que está haciendo. Cuando considera que mi placentera tortura ha sido suficiente, de repente, incrementa el ritmo de sus dedos y de su boca. Se mete mi polla entera una y otra vez sin que le cueste lo más mínimo. Reparte latigazos con su lengua y sus dedos acarician mi próstata sin tregua. Jadeo avisando de que me corro vivo y entonces él me mira y me ordena "¡córrete!". Es todo lo que necesito. Mi cuerpo convulsiona, mi espalda se arquea, mis dedos se encogen y me corro como una perra en su boca. Él no hace ningún amago de apartarse. Es más, recoge mi lefa en mi boca y, sin dejar de mirarme a los ojos, traga de manera ostentosa.

Me dejo caer rendido en el colchón.

¡Ostia puta!

***

# CAPÍTULO 18

## *Cero imprudencias*

Me despierto un poco más tarde con Jorge acariciándome la espalda. Inmediatamente me siento culpable por haberme quedado dormido como un tronco después de correrme.

—Perdona. Yo a ti no te he hecho nada.

—No me tienes que hacer nada. No tienes que devolverlo todo siempre. He disfrutado mucho haciéndotelo. —me tranquiliza jugando con mi pelo entre sus dedos.

—Te quiero —le suelto de sopetón sin pensar. Al momento me doy cuenta de lo que acabo de decir y abro mucho los ojos, asustado de mí mismo.

Jorge no parece sorprendido, pero me mira muy serio sin dejar de acariciarme el pelo.

—¿Lo dices de verdad o solo porque acabo de hacer que te corras como un animal? —pregunta.

Tengo que meditar la respuesta porque ni yo mismo la sé.

—Creo… de verdad. Lo digo de verdad. Tampoco te estoy diciendo que me quiera casar contigo mañana pero quiero que sepas… que lo que me pasa contigo no me había pasado antes con nadie. Me estoy enamorando de ti como un imbécil y sé que es una locura total, que hace muy poco que nos conocemos y que probablemente según el manual de Susana no te lo debería decir… pero es la verdad.

—¿Qué manual de Susana? —pregunta Jorge divertido.

—Un libro ridículo que me obligó a leer. Se titula “Manual para conquistar a un hombre: Los mandamiento infalibles para hacerle caer en tus redes”. Te puedes imaginar el resto.

—Bueno, debe funcionar ¿no? Estoy aquí.

—Ya… en realidad no pude seguirlo en absoluto. Desde que te

conocí nada ha salido como esperaba.

Jorge ríe y se acerca a mi oreja.

—Entonces debe ser que no necesitas de ningún libro para que un hombre se enamore de ti. Porque es lo que me ha pasado a mí y me estaba cagando de miedo de que todo estuviese en mi cabeza —susurra.

Sonrío como el bobo que soy y le beso toda la cara una y otra vez.

# EPÍLOGO

## *Sé feliz*

—A ver, por favor, ¿podéis girar el sofá? ¿No veis que así no va a entrar? —Lucía nos grita a Eric y a mí desde la puerta del apartamento.

—¡Ya está la lista! Súbelo tú a pulso si quieres —grita Eric desde el hueco de la escalera mientras empuja hacia arriba el sofá que Jorge y yo hemos comprado. Nuestro sofá. De nuestra nueva casa.

—Ni se os ocurra meter todavía el sofá en el salón que la pintura está fresca. Dejadlo en el pasillo o en el rellano. —indica Silvia saliendo de la casa con pintura hasta en las cejas.

—¿Y dónde me siento yo? —protesta Susana saliendo con sus tobillos hinchados, su cara de cansada y su tripa de embarazada de ocho meses.

—No puedo creer que vayas a ser padre —le digo a Julián como cada vez que he visto a su mujer en los últimos cinco meses y la realidad me ha golpeado en la cara.

—Yo tampoco —responde este como lleva haciendo también desde hace cinco meses.

Miramos hacia atrás y vemos a Lucía y a Eric planificando cómo meter el sofá por la puerta de la entrada. En un momento dado Eric se cansa de discutir y la tira encima del sofá, saltando él encima a continuación.

—Oye —comenta Julián —a estos qué fuerte les ha dado ¿no?

—Calla, calla —respondo yo —que tampoco me hago a la idea. Como tengo poco con aguantarles por separado ahora van y se enrollan. Te digo una cosa: dos meses con Eric de cuñado y yo me tiro por la ventana.

—Pero mira que eres exagerado —dice Jorge sorprendiéndome por la espalda y dándome un beso en la boca.

Julián, Silvia y Susana entran dentro para terminar con la pintura mientras Eric y Lucía siguen muertos de la risa en el sofá.

—Oye —me susurra al oído —, en cuanto esta gente se vaya, tenemos que estrenar ese sofá como Dios manda. Que con tanta mudanza caja para arriba y caja para abajo, yo llevo todo el día con un calentón que ni te imaginas.

—Sí me imagino, sí —replico presionando disimuladamente mi erección contra su muslo y provocando la risa de Jorge.

—Te quiero —me dice abrazándome contra ese pecho gigante que hace que el concepto “hogar” cobre nuevos significados en mi cabeza.

—Y yo —respondo sencillamente porque todo lo demás él ya lo sabe.

**FIN**

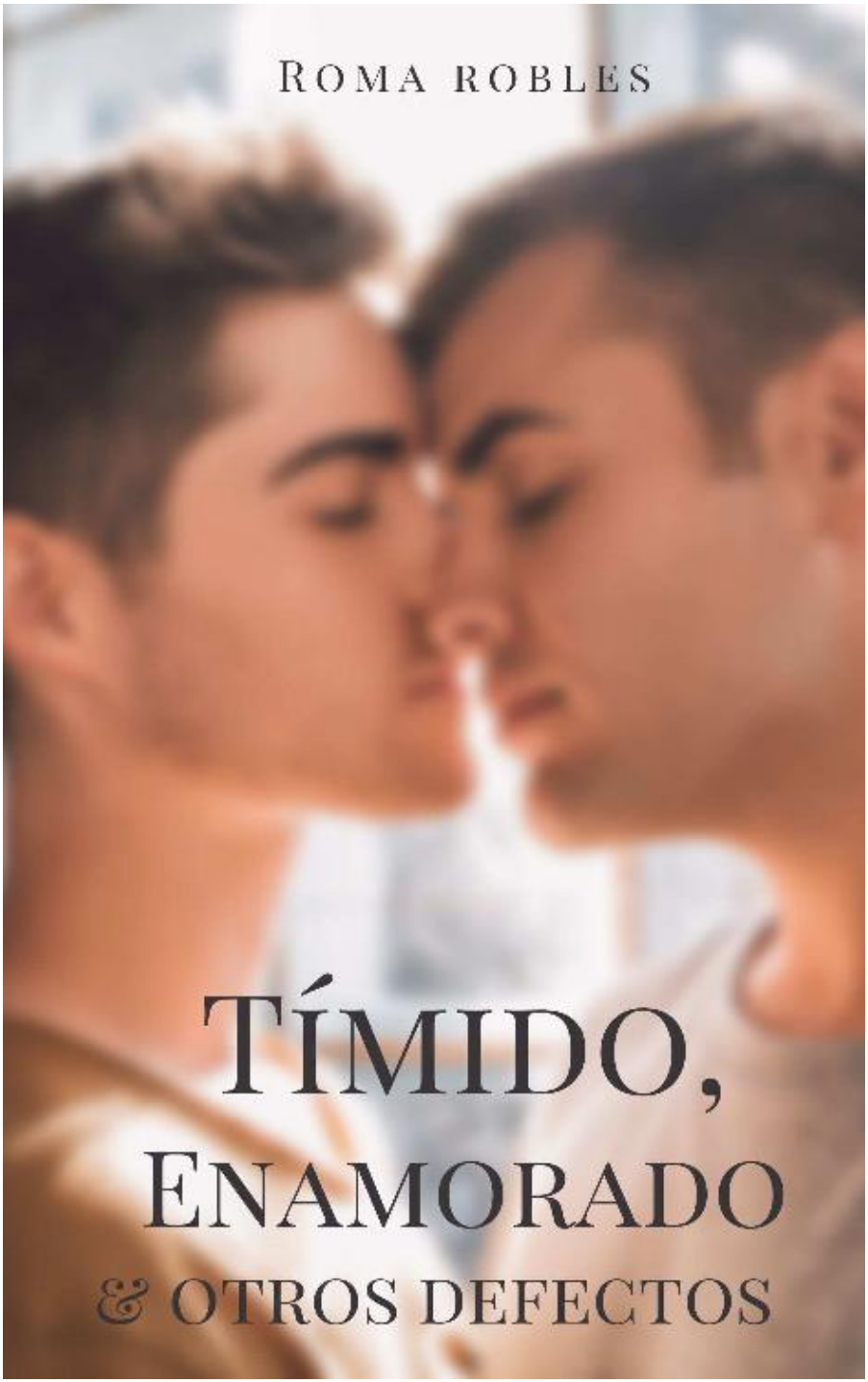
**¡Gracias por leerme!**

Me hace mucha ilusión que hayas elegido mi libro y espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer más relatos de amor y sexo gay puedes encontrar todos mis libros en mi página de Amazon (disponible en este enlace)

Un saludo,

**Roma.**

## OTROS LIBROS ROMÁNTICA Y ERÓTICA GAY




**TÍMIDO, ENAMORADO Y OTROS DEFECTOS**
La mayoría de historias de amor hablan de valientes hombres

y mujeres que pregonan sus sentimientos hacia la persona amada y luchan por ella en una épica batalla contra el destino. Incluyen grandiosas declaraciones de amor, firmeza ante aquellos que no desean que la relación prospere y promesas de fidelidad eterna. Y todo lo hacen parecer muy fácil. Como si estar ante la persona amada y confesarle tus sentimientos fuese algo del todo inevitable, como si las palabras correctas simplemente se escapasen de los labios sin ningún esfuerzo.

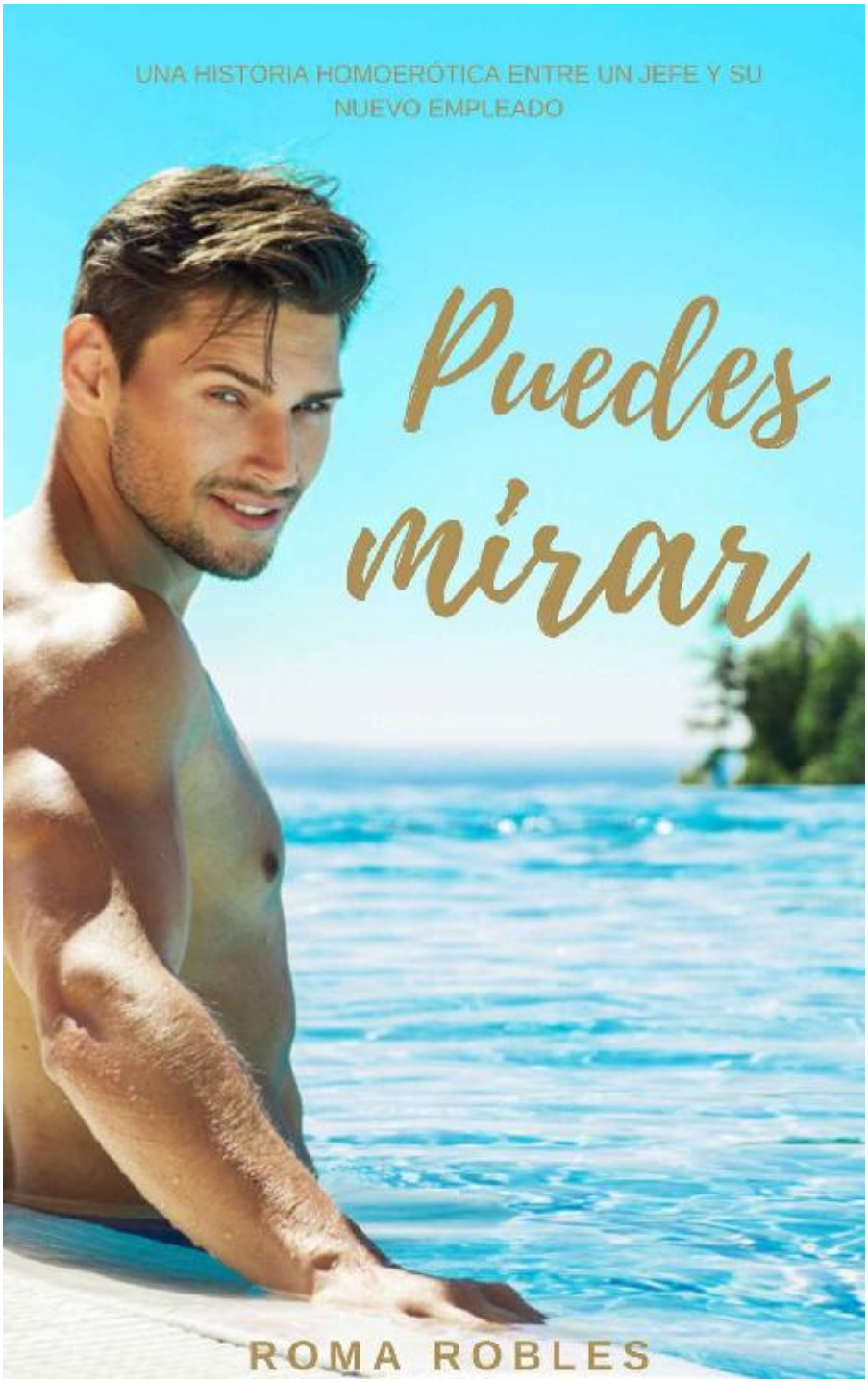
Y una mierda.

¿Qué pasa con los que no nos atrevemos? ¿Por qué nadie cuenta nuestra historia? La de los cobardes que se quedan solos por su incapacidad para dar el gran paso. La de aquellos que jamás dirán "Te quiero". Ni lucharán. No harán nada más que suspirar durante años por la persona a la que quieren.

Yo soy uno de esos cobardes. Genéticamente tímido y enamorado hasta las trancas de un hombre al que jamás me atreveré a decir más de dos frases seguidas. Me muero solo de pensar que él pueda sospechar algo. Mi cabeza nunca se calla. No para de decirme que haré el mayor ridículo de mi vida si se lo digo. Aunque él es muy majo, y muy listo y no se enfada nunca. Es muy bueno y está muy bueno. ¡Está que cruje! Tiene la mejor espalda que he visto nunca y un cuello larguísimo que solo te dan ganas de mordérselo sin parar. Pero vamos, que apenas me atrevo a mantenerle la mirada. Y eso que es mi jefe. ¿No lo había mencionado?

Ah, pues es mi jefe.

**Si quieres saber cómo sigue la romántica historia de este tímido empedernido, sigue leyendo.**




**PUEDES MIRAR**

La cara de Mayo sale del agua. Le ve y le dedica una sonrisa. Carlos le mira incrédulo, pensando una vez más que este chico no

puede estar muy bien de la cabeza. Después mira un poco más allá, a través del agua y lo que ve lo deja con la boca abierta: Mayo está completamente desnudo.

—¿Qué haces? —pregunta con una voz entrecortada que no esperaba.

—Darme un baño —responde el chico, como si fuese lo más normal del mundo.

—¿A estas horas?

—Me gusta hacer un poco de ejercicio antes de dormir. Además, la temperatura es perfecta ahora. ¿Por qué no me acompañas? —dice tumbándose boca arriba y flotando en el agua.

Carlos nota cómo se le saca la boca. “No le mires la polla. No le mires la polla.” piensa, esforzándose al máximo por mantener contacto visual.

—No nado bien —confiesa. Carlos se analiza a sí mismo sorprendido. ¿Por qué le está dando explicaciones a su empleado? No se baña porque no quiere. Porque es una locura y punto. No es propio de alguien profesional, aunque está claro que eso a Mayo le preocupa más bien poco. Tampoco parece que su escena en el comedor con Emma le haya dejado huella, porque no hace ningún amago de sacar el tema. Por lo menos eso le tranquiliza.

Lo mira de nuevo. Tiene un pecho muy bonito, con la cantidad justa de pelo. Y con las gotas cayéndole por toda la cara está todavía más guapo que en la oficina. “¡Joder no pienses en eso!”.

—¿Hay alguna razón por la que hayas decidido no ponerte un bañador? —pregunta con un tono borde, buscando mantener la compostura.

—No tengo —responde el chico encogiéndose de hombros.

—¿Y unos calzoncillos? ¿Tampoco tienes?

—Sí, pero si me los hubiese puesto no podrías hacerme el repaso que me estás haciendo de manera tan disimulada. —sonríe el chico divertido mientras chapotea en el agua.

**Sigue leyendo 'Puedes mirar' en este enlace.**

**CENSURADOS**

Su mano subía y bajaba enérgicamente alrededor de su falo.

Los chorros de agua descendían por su cuerpo pero él se mantenía con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacía atrás mientras se masturbaba con pasión.
Yo no quería quedarme ahí, mirando como un idiota la paja de mi compañero de cuarto, pero no podía evitarlo. Mi cabeza gritaba "¡Sal de ahí imbécil!", "Vete por donde has venido", "Te va a ver", pero mi cuerpo no respondía. ¡Dios! Estaba tan cerca… Podía sentir su orgasmo aproximándose, su respiración acelerándose, las caderas moviéndose al compás que marcaba su mano. De repente, mordiéndose el labio inferior gimió suavemente y yo ya no pude más. El cosquilleo que había sentido en mi entrepierna desde que le había sorprendido en la ducha se intensificó y mi polla se puso completamente dura, clamando atención.
Distraídamente me llevé una mano a los pantalones y la acaricié por encima de la ropa para intentar aliviarla un poco con la fricción de mi mano. Mientras lo hacía no podía apartar la vista de la majestuosa polla que tenía delante. Estaba completamente hinchada, palpitante, su glande de un intenso color rosado. Era maravilloso verle ahí, desnudo, perfecto, masturbándose furiosamente con los ojos cerrados, inconsciente de que le observaba desde hacía un buen rato.
Incrementando la velocidad se apretó el miembro con fuerza y gimió mientras eyaculaba. Gruesos chorros de semen cayeron sobre los azulejos de la ducha y otros se deslizaron sobre su cuerpo hasta mezclarse con el agua. "¡Por favor que manera de correrse!" fue lo único que conseguí pensar mientras le miraba maravillado, incrementando la fricción de mi mano sobre el bulto de los pantalones.
—¿Pero que cojones haces? —Exclamó cuando, por supuesto, abrió los ojos y me encontró ahí.

**Si te gusta la erótica gay, puedes leer Censurados aquí.**

ROMA ROBLES

# Mi mejor amigo

**MI MEJOR AMIGO**

—Sito —le digo finalmente —Estas borracho y cachondo. Esa

es una combinación malísima.

—¿Por qué? —Mi amigo se acerca por la espalda y me empotra contra la encimera sujetándome por la cadera con ambas manos —Yo creo que es una combinación estupenda —afirma apretando su polla erecta contra mi trasero.

Yo doy un respingo pero no me aparto, entre otras cosas porque estoy borracho y soy gilipollas. Envalentonado, Sito empieza a darme suaves mordiscos por el cuello. Yo gimo y en contra de todo mi buen juicio ladeo la cabeza para facilitarle el acceso.

—El cuello no cabrón, que me mola mucho —protesto yo mientras me retuerzo de gustito.

La bestia en la que se ha convertido mi amigo me ignora e, incluso, me muerde un poco más fuerte arrancándome un gemido. Mi espalda se arquea e, inconscientemente, mi culo empieza a buscar restregarse contra el duro miembro que tiene detrás.

Por su parte, Sito desplaza una de sus manos desde mi cadera hasta mi paquete. Lo aprieta suavemente, como si estuviese sopesando qué se va a encontrar en él. Me acerca los labios y susurra en mi oído con voz pastosa:

—¿Ya estás duro? Si todavía no he empezado. Te voy a hacer una mamada que no se te va a olvidar en tu vida – afirma mientras empieza torpemente a pelearse con la bragueta de mi pantalón.

Yo me río porque no creo que Sito le haya hecho una mamada nunca a nadie y es ahí cuando vuelvo a la realidad. ¡Qué es tu amigo coño! Me desembarazo de su agarre y me doy la vuelta para encararlo.

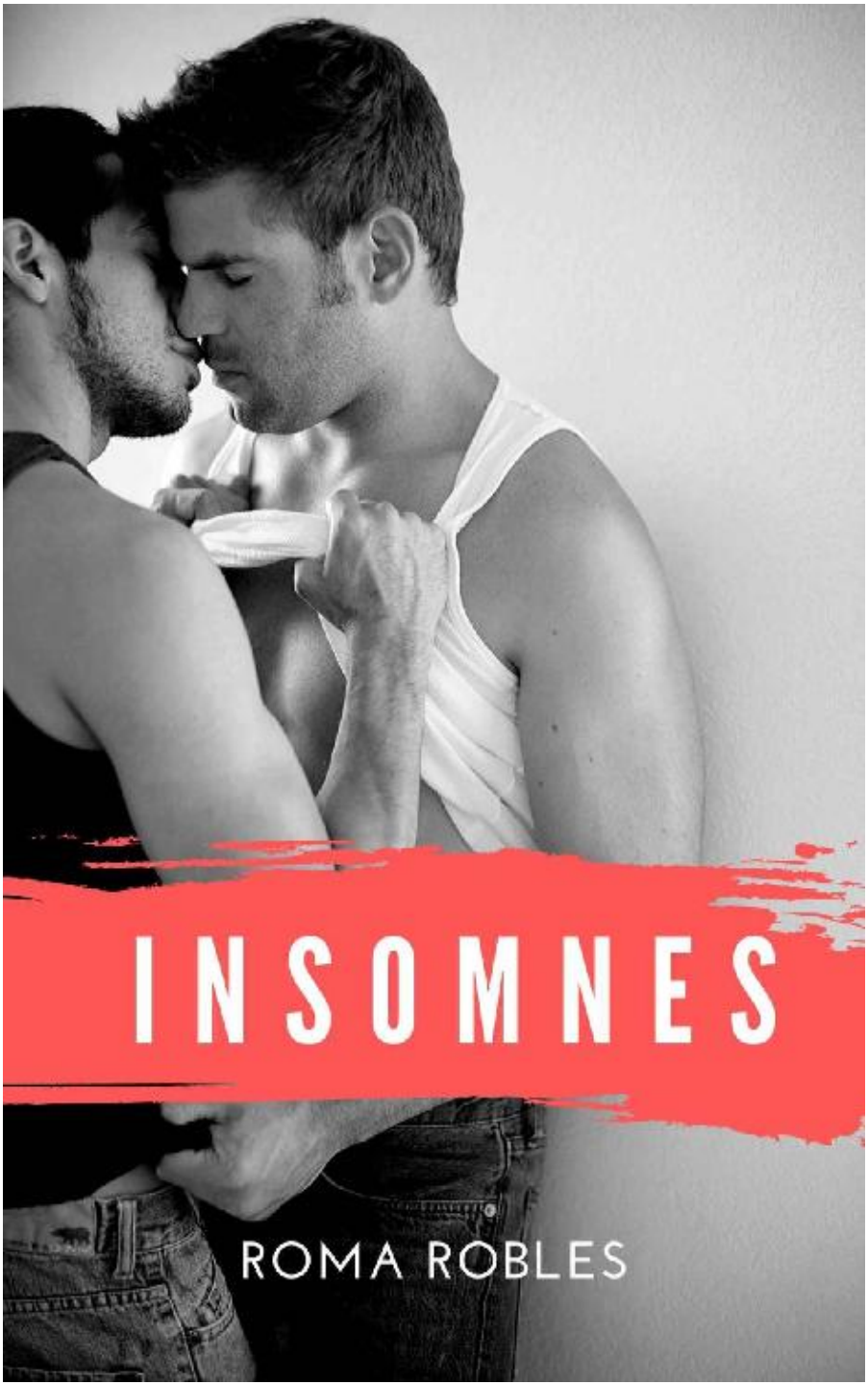
—No. Para. No podemos. Estás como una cuba y mañana te vas a arrepentir.

—Yo lo único que espero de cara a mañana es que hayamos follado tanto que no me acuerde ni de mi nombre —contesta él con una lujuria que no sé de donde sale. Se acerca de nuevo a mí y se inclina para besarme. Como en el bar, no me resisto. Nos besamos sin prisa, saboreándonos y, cuando nos separamos, no puedo evitar reírme. Lo de este hombre es muy fuerte.

—Sito, me estas calentando. Y vamos a acabar mal.

—O bien —replica él con los ojos vidriosos por el alcohol.

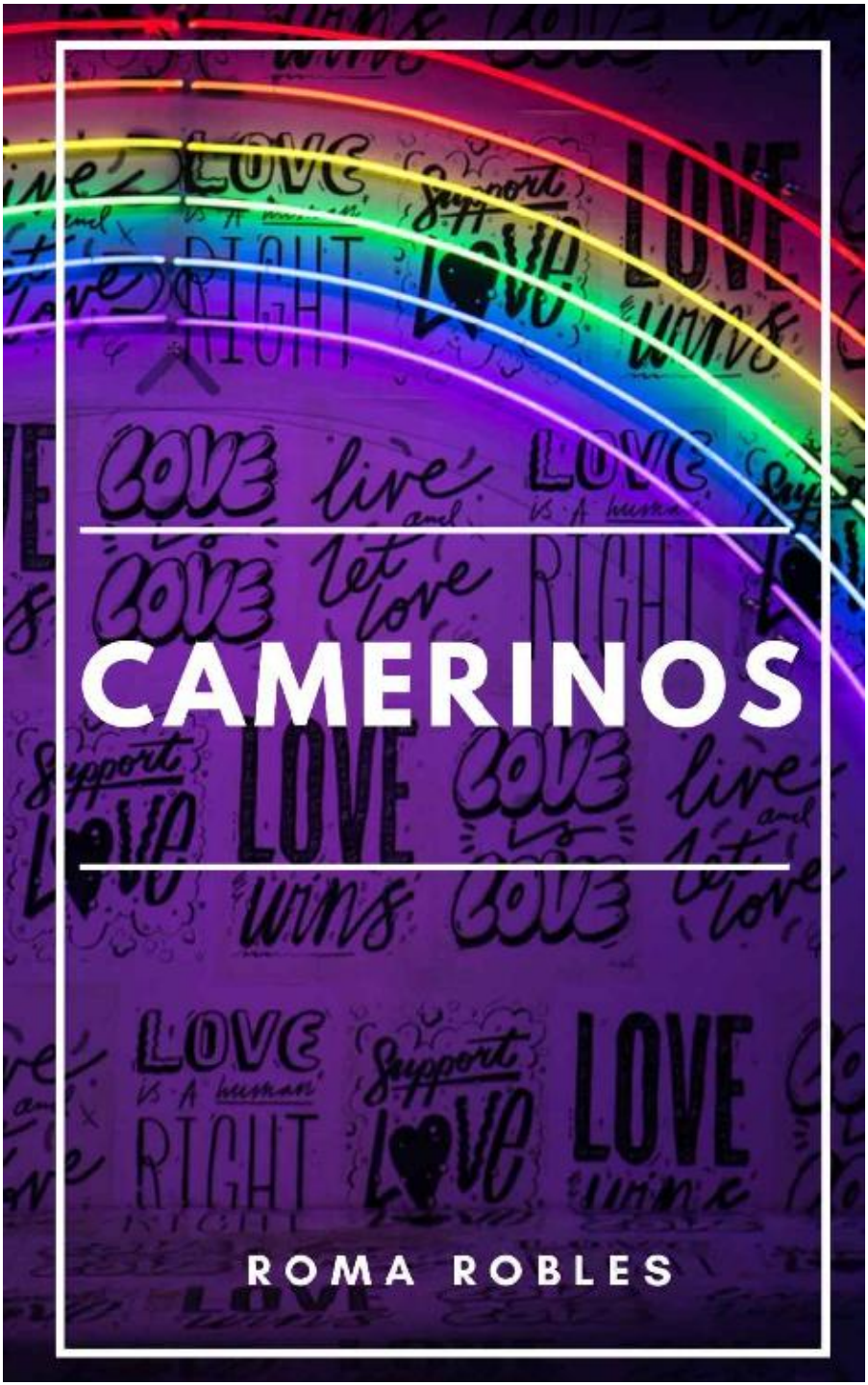
**Para seguir leyendo 'Mi mejor amigo' haz click en este enlace.**




**INSOMNES**

“¿Nos conocemos?” pregunto.
“Si.” es su escueta respuesta.
“¿Del trabajo?”
“Puede. No te voy a decir nada más. Quiero ver cómo te bajas los pantalones. Si te portas bien y obedeces, quizás te enseñe algo”.
La situación me está poniendo muy caliente. Noto cómo mi polla está completamente dura bajo los pantalones y sé que si me los quito él se va a dar cuenta. Aunque probablemente ya lo sabe. Sabe lo atractivo que resulta para alguien como yo, con su misteriosa máscara y sus muslos perfectos. Seguro que también sabe que hace años que nadie me pone una mano encima ni me quiere enseñar nada de nada. Y que estoy desesperado. Y que verle es lo más emocionante que me ha pasado en mucho tiempo.
Incómodo como nunca, me levanto y me bajo los pantalones de un tirón. Me quedo parado, como un pasmarote delante de la cámara mientras el joven de la máscara me examina atentamente. Finalmente, la vergüenza puede más y me vuelvo a sentar, tapando un poco mi intimidad.
“Estas muy duro” aprecia Toy-Boy. Intento que mi cara no refleje la vergüenza que me da que se me note tanto y me froto las manos insistentemente fuera de cámara. “Me encanta” dice él. “Tienes una segunda oportunidad. Dime: ¿quieres que me lo quite?” pregunta, señalando su ropa interior.
Mis dedos tiemblan sobre el teclado mientras escribo la respuesta:
“Sí.”
Si quieres seguir leyendo este y otros relatos de erótica gay pincha en este enlace.

**Sigue leyendo este y otros relatos eróticos gay en este enlace.**




**CAMERINOS**

—¡Buenas noticias! ¡Buenísimas de hecho! —la tripa de Alfonso, el

manager del grupo, entra dos minutos antes que el resto de su cuerpo. Está rojo y sudoroso pero sus manos palmean alegremente, un gesto raro en él. Los dos chicos le miran estupefactos. —¿A qué no sabéis quién va a actuar en este magnífico teatro cada noche de este mes justo después de vosotros?

—¿Quieres decir a quién vamos a telonear? —ironiza Miguel con una sonrisa amarga.

—Llámalo cómo quieras. Quién actúe los mismos días que vosotros es importante. Ayuda a vender entradas. Y, en este caso, muchas entradas.

—Dilo ya, no te hagas el interesante —protesta David —¿Quién es?

—Ni más ni menos que —el manager hace una pausa de efecto dramático —Roy Arnold.

—¡No jodas! —exclama David.

—¿Quién es? —pregunta Miguel, que no ha oído el nombre en su vida.

—¡Coño Roy! —exclama David —El cantante que ganó la última edición de ese concurso de la tele ¿cómo se llamaba?

—Nacido para triunfar —aclara Alfonso.

—Eso. Este chico lo ganó el año pasado y desde entonces se ha convertido en un ídolo de masas. Bueno, verás cuando se lo cuente a mi hermana. Es súper fan.

—¿Un niñato salido de un concurso de televisión? ¡Vamos no me jodas! —se indigna Miguel, para quién la noticia es todavía peor de lo que había imaginado.

—Es una estrella —afirma el representante —Las chavalitas de veinte años lo adoran. Lo que significa que vendrán a verle con sus novios. Que, con un poco de suerte, os adorarán a vosotros y a vuestros chistes guarros. Y con ese rollo de las entradas combinadas, quizás vengan a veros al show antes de ir al concierto. Se acaba de anunciar y vuestras entradas ya se están vendiendo un 15% más que ayer. ¡Son unas noticias fantásticas!

—Mira, me da igual. A mí con tal de que no dé por culo… —Miguel se resigna, mientras vuelve a repasar el guión de la actuación

de esa noche.

—Creo que sí que da por culo. Pero tranquilo, no creo que seas su tipo.

**Sigue leyendo Camerinos, una romántica historia de amor y sexo gay entre bambalinas pinchando en este enlace.**

**LAS CADENAS**

—Todo es más intenso cuando no puedes verlo venir —me susurra

al oído.

—¿A qué te refieres? —pregunto confuso.

No responde y no veo nada, por lo que no puedo saber donde ha ido, pero de repente noto un azote seco en mis nalgas. Suena como una serie de chasquidos, no demasiado fuertes, pero que me hacen dar un brinco. No me hace falta preguntar qué ha sido. El látigo de nueve colas que estaba en mi bolsa.

—¡Joder! —exclamo sorprendido.

—¡Esa boca! —me reprende él dándome otro latigazo. Después me calma la piel enrojecida con caricias deliciosas cuya energía va directa a mi polla. Me besa el cuello y baja por la espalda hasta llegar a las nalgas donde reparte besos infinitos en aquellos lugares donde he sido azotado.

Se me pone durísima al instante y Max me la acaricia. Después vuelve a darme un azote. Y vuelve a besarme. La mezcla de placer y dolor hace que mi polla se retuerza de ansiedad y deseo. Mi piel ultrasensibilizada multiplica por mil todas las sensaciones, agudizadas aún más por el echo de que no puedo ver. Gimo ansioso.

—¿Te gusta esto? —pregunta Max.

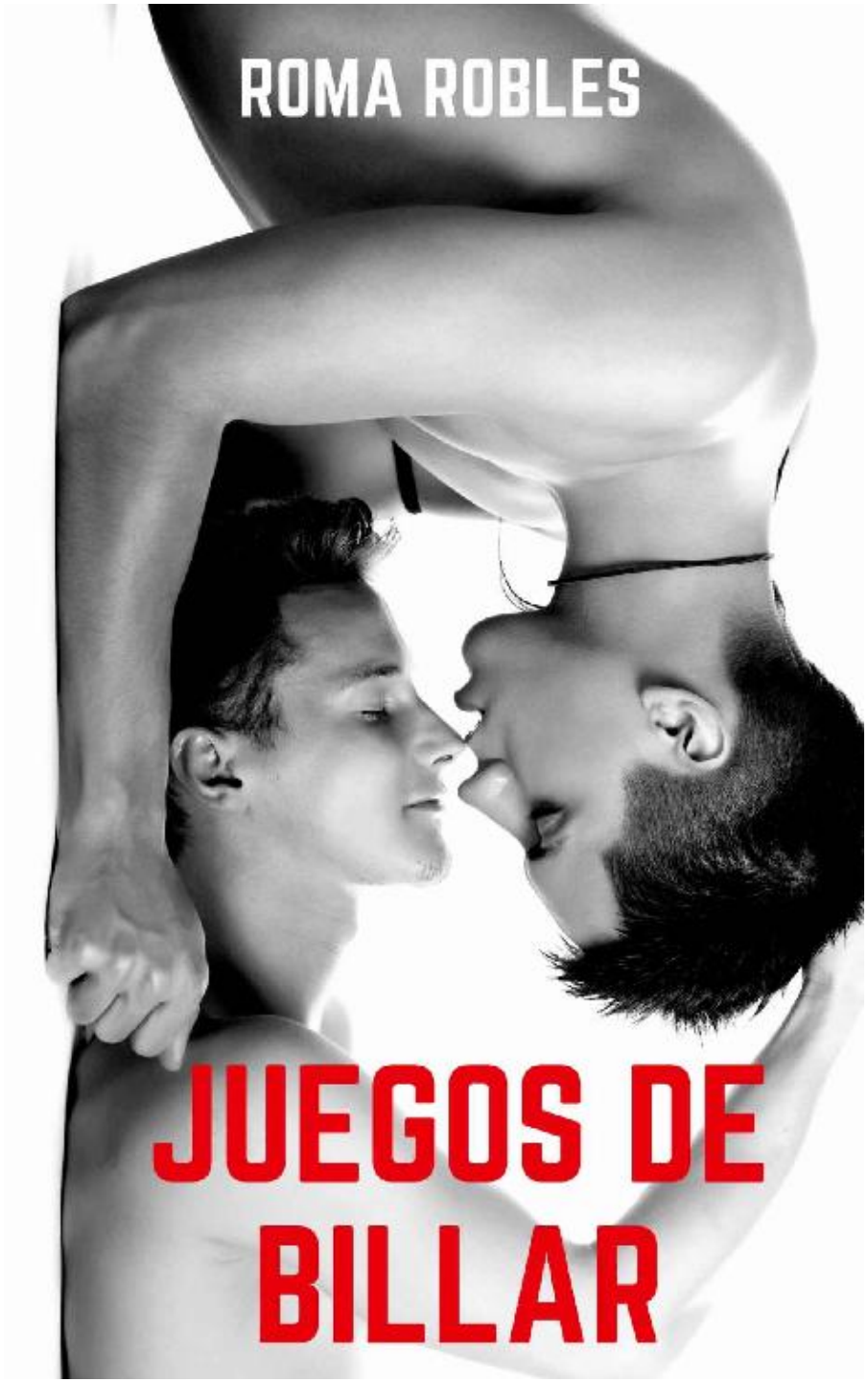
—¡Sí! —grito. Hasta yo me sorprendo de lo necesitada que suena mi voz.

—Se dice “Si, señor”.

—Si… señor.

—No sabes cómo me pone tenerte así —me susurra.

**Sigue leyendo este relato erótico con un toque BDSM en este enlace.**




**JUEGOS DE BILLAR**

El sonido metálico de las sillas de acero inoxidable golpeando las

unas con las otras resuena en la noche. Silvio termina de apilarlas y resopla mientras agarra la tambaleante montaña de mobiliario y la introduce en el interior de la taberna. Por el rabillo del ojo ve cómo los últimos clientes se levantan de la última mesa que queda en la terraza y se van. Se trata de dos parejas de treintañeros, dos chicos y dos chicas que llevaban ahí sentados al menos dos horas consumiendo una triste cerveza cada uno. Mientras ellas cotorreaban y se reían sin parar, ellos parecían no encajar bien y se dedicaban, más que nada, a mirar el móvil. Silvió suspira y piensa cuánto mejor estarían las dos chicas si mandasen a tomar vientos a aquellos dos sosainas y se liasen entre ellas. Sonríe. Quizás todavía pueda pasar. La noche aún es joven. Y la ciudad es mágica.

Sale fuera para recoger los vasos del cuarteto y ve a un chico mirándole desde un banco de la plaza, a unos diez metros de la terraza. Al principio no le reconoce. Se trata de un joven, más o menos de su edad, corpulento, gordito que dirían algunos, con la cara recién afeitada y un brillo tímido en la mirada. Es esa mirada la que le hace recordar. Pues claro. Es el chaval ese, el pijeras, amigo de Alessandra. El de la otra noche en su piso. Le sonríe y el le devuelve la sonrisa. A Silvio le parece que se sonroja, a pesar de que con la tenue luz de las farolas, no puede asegurarlo. Finalmente se acerca.

—¡Hola! —saluda el otro con una confianza bastante forzada.

—¿Qué tal? Leo ¿no? —contesta Silvio.

—Si. —sonríe el otro y Silvio intuye que está aliviado de que lo recuerde.

—¿Llevas mucho ahí? —señala el banco.

—¿En el banco? No, no —se apresura a aclarar el otro —Había quedado con Alessandra y Mario pero se han ido ya. Así que pensé en ir dando una vuelta hasta casa, he pasado por la plaza y te he visto recogiendo. No quiero que pienses que soy un acosador ni nada parecido. —finaliza atropelladamente mientras se pone rojo como un tomate.

Silvio suelta una carcajada sincera por primera vez en toda la noche.

—No hombre, no. Tranquilo, que no pienso eso. Pasa anda, te invito a algo mientras termino de cerrar.

**Lee esta historia de amor y sexo gay completa aqui.**

Primera edición: ©Mayo 2020, Roma Robles

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la copia, distribución o adaptación de cualquier parte de la obra sin permiso previo de la autora. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y eventos aquí narrados son ficción y producto de la imaginación de la autora.